TEATRO MODERNO



50 CTS

ANGEL CUSTODIO
JAVIER DE BURGOS

La Noche Vieja

Gago XXXII

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Angel Custodio
y Javier de Burgos

LA NOCHE VIEJA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada por la compañía Barroso-Vargas.



PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO VIII 6 - II - 1932 NÚM. 333

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Margarita...	*Irene Barroso.*
Ama Rosa...	*Matilde Armisén.*
La marquesa de Puentegilena... ...	*Electra Barroso.*
La Nazarena...	*Elena Gil-López.*
Muñeca...	*Josefina Serratosa.*
Pepucha...	*Angelita Pagés.*
Julia...	*María J. Alonso.*
El duque de la Fuensanta...	*Francisco Linares Rivas.*
Paco Martel...	*Ricardo Vargas.*
Antonio Montesa...	*Juan Benítez.*
Retaco...	*Tomás Serratosa.*
El marqués de Puentegilena...	*Pío Graci.*
Juanito Barradas...	*José Linares Rivas.*
Tomás...	*Antonio Casal.*

Epoca actual. La acción de los actos primero y tercero, en Madrid, y la del segundo, en Andalucía. Acotaciones de los lados del actor.

A Irene Barroso, en testimonio de admiración y amistad.

Angel Custodio
Javier de Burgos

ACTO PRIMERO

Gabinete muy elegante en el palacio del duque de la Fuensanta. *Hall* de entrada, al fondo, y puertas laterales. Mobiliario antiguo y rico. Nos hallamos en las primeras horas de la noche—de ocho a nueve—de un último día de año.

(Aparece en escena el Duque de la Fuensanta, hombre de unos treinta años, distinguidísimo y simpático, leyendo una revista ilustrada. Momentos después sale por el fondo Tomás, su ayuda de cámara.)

TOMAS ¿Da permiso el señor duque?

DUQUE Entra, hombre; entra. ¿Qué? ¿Cómo va aquello?

TOMAS ¡Primores se están haciendo, señor duque! Y tenga la certeza el señor duque de que la fiesta que se va a celebrar esta noche en la *garçonnière* del señor duque, tiene que dejar encantados a los amigos del señor duque, y...

DUQUE Sí, no te detengas: a las amigas del señor duque, ¿no es eso? *(Pausa.)* Flores; muchas flores, ¿eh?

TOMAS Un jardín toda la casa. Un salón tapizado de crisantemos y otro de rosas de té; el comedor, de claveles y campanillas azules... ¡Y lo que han preparado los electricistas! Encima de la gran chimenea del comedor, al dar las doce, aparecerá el letrero que indicó el señor duque, con más de quinientas bombillas de colores.

DUQUE «Mil novecientos treinta y uno. Goza sin preocupación.»

TOMAS Así dice: «Mil novecientos treinta y uno. Goza sin preocupación.»

DUQUE Repito el lema del gran filósofo.

TOMAS ¿Algún amigo del señor duque?

DUQUE Un filósofo griego. Aristipo de Cirene. Un epicú-

reo que comprendió bien la vida hace muchos siglos.

TOMAS ¿También celebraba la entrada de año nuevo en su *garçonniere,* como el señor duque?

DUQUE ¡Qué necedades preguntas! Anda, anda. Déjame. Y ve preparándolo todo, porque me vestiré pronto.

TOMAS A las órdenes del señor duque. *(Va a hacer mutis por el fondo y se detiene para anunciar:)* Los señores marqueses de Puentegilena. *(Salen por el fondo la marquesa y el marqués de Puentegilena. señores sexagenarios, tíos del Duque de la Fuensanta. Tomás, con la última reverencia, hace mutis.)*

DUQUE ¡Tía Visita! ¡Tío Patricio!

MARQ.ª ¿No nos esperabas, verdad?

DUQUE ¿Esperaros? Yo os espero a todas horas.

MARQ.ª Como tenemos la seguridad de que no querrás hacerle honor a nuestra mesa, en la cena de una noche como esta noche, que siempre fué tan celebrada entre la familia...

DUQUE ¡Tú comprenderás, tía Visita!... ¡Te harás cargo, tío Patricio!...

MARQ.ª Tu tío Patricio se hace cargo, y tu tía Visita comprende que a nuestro sobrino, Alvaro de Torreblanca y Gil de Jura del Rey, octavo duque de la Fuensanta, no le interesa pasar las últimas horas de la noche vieja y las primeras del año nuevo con nosotros, hallándonos en la certeza de que tendrá lugar reservado en un *cabaret.*

DUQUE ¡Pero tía!...

MARQ. ¿En cuál, sobrino?

DUQUE ¿Podéis pensar que yo, yo?... Además, ¿para que están las *garçonnières?*

MARQ.ª ¡Ah! ¿Es en una *garçonnière?* En la tuya, seguramente: calle de Hermosilla, ciento ocho duplicado.

DUQUE ¡Bien informada estás!

MARQ. ¿Qué piso?

MARQ.ª ¡Patricio!

MARQ. ¡Mujer, es que habías callado ese detalle!

MARQ.ª Detalle que no debe interesarte ni poco ni mucho, y que ojalá lo ignorásemos. Tu conducta, Alvaro,

nos escandaliza, y no puedes comprender bien el dolor que me cuesta reprochártelo.

DUQUE Pues ¿qué hago yo, tía Visita?

MARQ.ª ¿Y tienes el valor de hacerme tal pregunta? *(Pausa.)* ¿Qué haces? Tener en olvido tus apellidos y tus ejecutorias.

DUQUE Eso no. No puedo consentir que puedas, ni tú ni nadie, pensar, ni aun suponer que exista en mi vida acto por mí cometido que haya motivado des crédito para los títulos que heredé, y que sabré ostentar siempre con honor.

MARQ.ª No he querido decir tanto.

MARQ. Ya conoces a tu tía y las exageraciones de tu tía.

MARQ.ª *(Al Marqués.)* Tú te callas. *(Resignación por parte del Marqués.)* No es, ciertamente, que en tu vida existe algo más que un poco de ligereza; y digo ligereza por no decir libertinaje.

DUQUE Tampoco paso por eso. Mi vida transcurre tranquila y alegre, y la acomodo a los medios que ha tenido a bien concederme el destino. Disfruto de juventud, de una salud espléndida, de buena posición económica, y aprovecho estos dones con que he sido favorecido, para castigarme con los únicos males de algunas ligeras y siempre distinguidas fiestas, con cuatro amigos predilectos y alguna que otra amiguita también de mi predilección.

MARQ.ª ¿Nada más que alguna que otra?

DUQUE Apunta las que quieras. Eso sí, amiguitas tengo muchas.

MARQ. (¡Los hay que nacen con suerte!)

MARQ.ª Además, querido Alvaro, y éste es el motivo principal de que hayamos venido a verte, ya va siendo hora de que pienses en algo serio.

MARQ. Tu tía hace alusión a tu soltería.

DUQUE ¿Quieres casarme? ¡Pero tía Visita!

MARQ.ª Esta noche cena con nosotros Piedad Sotohermoso. ¿No te gusta Piedad Sotohermoso?

DUQUE Es bonita; pero me parece un poco tonta. ¿Es tu candidata?

MARQ.ª Y la que más me gustaría para esposa tuya.

DUQUE Agradezco mucho tus buenas intenciones; pero tía Visita, *no me va*. Es decir, *no me va* ninguna.

Tengo el firme propósito de permanecer soltero toda la vida.

MARQ.ª ¿Qué dices, Alvaro?

DUQUE Lo que acabas de oír.

MARQ. (¡Mi sobrino es un sabio!)

DUQUE Sé que vas a argumentarme, como imposibilidad para que pueda realizar tales propósitos, la condición de mi nobleza y los deberes que tengo de perpetuarla; pero, en contra de toda argumentación, debo advertirte que vivimos en una República donde los títulos pasaron a la historia.

MARQ.ª ¡Jesús, Jesús y Jesús!

DUQUE Digo lo que pienso sin hipocresías!

MARQ.ª Efectos de la educación que has recibido. ¡Tantas veces se lo pronostiqué a tu padre!

DUQUE En eso estuvo acertadísimo. Y no sabes cuánto se lo he agradecido. En vez de rodearme de preceptores que me enseñasen a mantener necios orgullos, me envió a países libres, donde el mayor valor es estimar que el orgullo no debe existir.

MARQ.ª *(Levantándose.)* ¡Basta, basta, Alvaro! ¡Estás loco!

DUQUE Yo siento, tía...

MARQ.ª ¿Conque no nos acompañas a cenar esta noche?

DUQUE No puedo. Esta noche no puedo. Tengo un compromiso adquirido... Pero otro día... El que queráis.

MARQ.ª ¿Y lo de Piedad Sotohermoso?

DUQUE De eso, ni hablar. Por hoy no pienso en el matrimonio. Si algún día cambio de parecer, recurriré a tus consejos y te encargaré la novia.

MARQ.ª Confío en que Dios llamará a tu corazón. *(Pausa.)* Adiós, Alvaro.

MARQ. Feliz año nuevo, sobrino.

DUQUE Igualmente, tío Patricio.

MARQ.ª No te molestes.

DUQUE ¡Por Dios, tía Visita! *(La Marquesa hace mutis por el fondo.)*

MARQ. *(Que se detiene un momento para preguntarle al duque con muchísima reserva:)* Oye, Alvaro, ¿qué es un *guayabito*? Se lo he preguntado a mi ayuda de cámara y no ha sabido explicármelo.

DUQUE Una cosa muy moderna y muy rica. *(Vuelve a escena la Marquesa.)*

MARQ.ª ¡Vamos, Patricio! ¡Vamos!...

MARQ. ¡Mujer, que me estaba despidiendo! *(La Marquesa, el Marqués y el Duque hacen mutis por el fondo. Momentos después sale por la izquierda Ama Rosa, que, al hallarse sola en escena, se ocupa en poner en orden los muebles. Ama Rosa es una mujer bien conservada, a pesar de estar rayando en los setenta, que ejerce en el palacio las funciones de la mayordomía, o, para mejor decir, es la persona de confianza del duque, pues, como se verá, le ha visto nacer. Vuelve a escena el duque.)*

DUQUE ¡Hola! ¿Estabas ahí?

ROSA Aquí estaba para recibir órdenes de vuecencia.

DUQUE Mira, Ama Rosa, no seas ridícula y atiende a lo que mil veces te he repetido.

ROSA Que no te dé tratamiento, ¿verdad?

DUQUE Que no me dés tratamiento con retintín, y, sobre todo, cuando estemos solos o entre personas de confianza.

ROSA Perdone el señor Duque de la Fuensanta; pero el modo de conducirse el señor duque de la Fuensanta con una servidora no es todo lo cordial que debiera, y desde hoy en adelante no me olvidaré de que tú tienes excelencia.

DUQUE Bueno; no lo olvides. Y al grano. ¿Qué deseas?

ROSA Quería preguntarte..., preguntarle a vuecencia si vuecencia cena esta noche en casa; aunque estoy bien segura de que ¡qué vas tú a cenar en casa esta noche!

DUQUE Pues si lo sabes, ¿a qué vienes con esa majadería?

ROSA Para cumplir los deberes de mi cargo, del que muy pronto recibirá vuecencia la dimisión, ya que aquí no puede haber orden posible; porque cuando falta la cabeza...

DUQUE ¡Ama Rosa!

ROSA ¡Cuando falta la cabeza!...

DUQUE Te suplico que me trates con más respeto. El hecho de haberte criado en esta casa y de haberme

visto nacer no te concede derecho para ser irrespetuosa.

ROSA He comenzado por darte el tratamiento que te corresponde. ¡ Si le parece poco a vuecencia, te hablaré de alteza o de majestad !

DUQUE ¡ Eres idiota !

ROSA ¿Me insultas también? ¡ No, si acabarás por apalearme !

DUQUE Pero ¿puede haber paciencia para escuchar tanta estupidez?

ROSA En resumen : que vuecencia no cena esta noche aquí, y que una servidora, fiel a la tradición de la casa, ha preparado para la servidumbre la torta de miel que le será regalada, mientras tú la corres alegremente en tu *garçonnière*—¡ asco de *garçonnière !*—con cuatro lagartonas.

DUQUE ¡ Te pones irritante !

ROSA ¡ Quién vió este palacio y quién lo ve ! En una noche como la de hoy, tu santo abuelo, porque fué un santo, y a más de santo, general de la Marina y virrey de las Indias, reunía a su mesa a toda la familia, y al dar las doce, como prueba de humildad, entraba en la cocina, y con su propia mano cortaba y repartía entre sus criados la torta de miel que todos los años para este día le enviaban, desde su finca de la sierra de Córdoba, los pastores de sus rebaños.

DUQUE Sobradamente conozco la historia.

ROSA Y sobradamente sabrás también que tu padre siguió la costumbre.

DUQUE Como sé que el nieto de aquel virrey de las Indias la ha cortado de raíz, con la certeza de que hasta los pastores de la serranía cordobesa no saben ya fabricar la tal tortita de miel.

ROSA Pero lo sabe Ama Rosa ; y en el horno la tengo, para que esta noche la coma la servidumbre de vuecencia, servida por mi mano, mientras vuecencia olvida los deberes que tiene vuecencia para las venerables tradiciones de su casa señorial, y se lo pasa entontecido, con *chin-chin* de *jazz-band,* en compañía de unos peleles y unas suripantas. ¡ Chúpate esa vuecencia !

DUQUE ¡Ama Rosa, vete, vete! ¡No quiero escucharte tanta insensatez! Vete; déjame. Y para lo sucesivo, sé prudente, si no quieres que tome una determinación que lamentaré mucho.

ROSA ¡Si ya me voy!... ¡Si dejo a vuecencia!... *(Lloriqueando.)* Y la determinación que tomará el señor duque será la de ponerme de patitas en la calle. ¡Si lo tengo merecido, por el interés que me tomo por vuecencia, y por aconsejar bien a vuecencia!... ¡Cría cuervos!...

DUQUE Pero ¿se puede tolerar esto?

ROSA Sí. Me pones en mitad del arroyo, si es tu gusto, como a un perro sarnoso... *(Transición.)* Pero tú me echas por una puerta y yo me entro por la otra. Porque en esta casa soy yo tanto o más que vuecencia, y tengo la obligación de velar por vuecencia; y una novena le tengo ofrecida al bendito San Roque, patrón del ducado, para que entres por el buen camino; y vestiré hábito de Nuestra Señora del Carmen para que el Señor te ilumine... Y ya me voy; ya me voy... Y perdone vuecencia si le he molestado. *(Se va por la izquierda.)*

DUQUE ¡Gracias a Dios! *(Da unos pasos por la escena muy nervioso, y dirigiéndose despacio a un buró que habrá a la derecha, se dispone a escribir una carta, en el momento que aparece por el fondo Paco Martel. Este personaje es un segundón de casa noble, cuarentón, rico, que vive en completa francachela, alternando las orgías con sus aficiones a las antigüedades.)*

PACO *(Desde la puerta.)* ¿Qué prefieres, que te dispare un tiro a quemarropa o que te diga que eres un sinvergüenza?

DUQUE ¿A qué viene esa mentecatez?

PACO ¡Debías figurártelo! Si no me encuentro esta tarde a Juanito Barradas, estoy en estos momentos en la más completa ignorancia de la cuchipanda que tienes preparada para esta noche, a la que no has tenido el honor de invitarme.

DUQUE Perdona, Martelito; pero hace tantos días que no nos vemos...

PACO Lo que no significa que desconozcas mi dirección

para enviarme cuatro letras. ¡Confíe usted en los amigos!

DUQUE ¡No seas majadero! Ya sabes que siempre eres de los nuestros.

PACO Soy de los vuestros esta noche por haberme enterado a tiempo del plan, que si no, me veía comiendo las uvas en la Puerta del Sol. *(Pausa.)* Sé que el programa es magnífico. ¿Y la concurrencia?

DUQUE Cuatro íntimos.

PACO ¿Y de ellas?

DUQUE Las de siempre: Topacito, Muñeca, la Morita...

PACO ¿Haces extensiva tu invitación a mi pareja?

DUQUE ¡Hombre, eso no se pregunta!

PACO Gracias, Alvaro. Te lo agradecerá mucho.

DUQUE *(Larga pausa.)* Y tus asuntos ¿cómo marchan?

PACO ¿Mis asuntos? ¡Ah! ¿Te refieres a las antigüedades? No hago nada. No sale al mercado nada que valga la pena. *(Pausa.)* Y a propósito. ¿Recibiste ya el idolillo peruano de que me hablaste hace tiempo?

DUQUE ¿Pero no te lo enseñé la última vez que me visitaste?

PACO No. Me hablaste de él y de su historia; pero nada me dijiste de haberlo recibido.

DUQUE Pues ya hace un mes que lo tengo en mi poder. Verás. Casualmente lo guardo aquí. *(Va al buró de la derecha, y de uno de los cajones saca un estuche que contiene un idolillo.)* Mira.

PACO *(Después de examinarlo.)* ¡Alvaro de mi vida!

DUQUE ¿Qué te pasa?

PACO ¡Qué preciosidad! ¡Qué maravilla!...

DUQUE Te gusta, ¿verdad?

PACO ¡Me entusiasma! Y no me cabe duda: ha pertenecido al tesoro de los Quimbayas. ¡Magnífico! ¡Verdaderamente magnífico! Te lo compro, Alvaro.

DUQUE ¿Cómo voy a vendértelo?

PACO Pídeme lo que quieras.

DUQUE ¡Que no, Martelito, que no! Se trata de un recuerdo de familia. Ya sabes que perteneció al primer duque de la Fuensanta. Este idolillo ha estado en poder de mis parientes de Bélgica hasta la

muerte de mi tío el marqués de Saint-Aussó, y no puedes comprender el trabajo que me ha costado conseguirlo.

PACO No quiero comprender nada; pero si te digo que por obtenerlo sería capaz de emprender la empresa más absurda... ¿No dices tú que lo más difícil que hay en el mundo es que alguien consiga casarte?... ¡Pues yo soy capaz de hacerlo con tal de conseguir el idolillo!

DUQUE ¿Pero tú eres capaz de casarme?

PACO ¡No sé con quién ni cómo; pero te caso!

DUQUE ¡Hombre, eso tiene gracia! ¡Muy divertido! Estoy tan seguro de mí, que te lo prometo solemnemente: el día de mi boda te lo regalo. ¡Anda, búscame novia!

PACO ¡Pero, Alvaro!...

DUQUE ¿Te parece ardua la empresa?

PACO ¡No seas cruel!

DUQUE Es el único medio que te doy para que lo consigas. ¡Cásame!

PACO ¡Mal amigo!

DUQUE ¡Cásame! *(Pausa.)* Bueno; se hace tarde, y voy a vestirme. Espérame. Tomaremos el aperitivo en la Peña, y desde allí le telefonearemos a tu amiga, y a la mía, para pasar a recogerlas.

PACO Te esperaré. *(Sale Tomás por el fondo.)*

TOMAS Con el permiso del señor duque.

DUQUE ¿Qué quieres?

TOMAS Decirle al señor duque que acaba de detenerse a las puertas de palacio un taxi, y que de él ha bajado una señorita con varias maletas y sombrereras, que dice que tiene precisión de hablar con el señor duque.

DUQUE ¿Precisión de hablarme? Pero habrá dicho quién es y cómo se llama.

TOMAS Nada, señor duque.

DUQUE ¿Y dices que trae maletas, sombrereras?...

TOMAS Parece como que acaba de llegar de un viaje.

DUQUE ¡Cosa más extraña!... ¡Una señorita que acaba de llegar de un viaje!...

PACO Yo creo que con recibirla nada pierdes; y ya sabremos quién es.

DUQUE Eso es verdad. *(A Tomás.)* ¿Pero se trata de una señorita de verdad? ¡Tú me comprendes!

TOMAS ¡Y tanto como comprendo al señor duque! Y como uno sabe latín en lo suyo, y uno tiene vista pa distinguir, lo que es ésta, ésta es una señorita, y no de las otras.

DUQUE Bueno, bueno; que pase. *(Se va Tomás por el fondo.)* ¿Quién será, Martelito, quién será?

PACO ¡Vaya usted a saber! Seguramente alguna muchacha de tu familia.

DUQUE ¿De mi familia? Yo no recuerdo...

PACO Ya está aquí...

(En efecto, sale por el fondo Margarita, precedida de Tomás. Margarita es una muchacha de unas veinticinco primaveras, con buen palmito, distinguida y algo resuelta. Es española, pero habla con un poco de acento americano, por haber pasado la mayor parte de su vida en la Argentina. Viste traje de viaje elegantito, y es portadora de dos sombrereras enormes y un maletín.)

MARG. ¿El señor duque de la Fuensanta?... *(El duque se adelanta hacia ella.)* ¿Es usted, verdad? Perdone usted, señor duque, esta visita inesperada..., y hágame el favor de darme siete pesetas.

DUQUE ¿Cómo?

MARG. Sí, señor duque. Para pagar el taxi que me ha traído desde la estación.

DUQUE ¡No comprendo, señorita!...

MARG. Yo se lo explicaré todo en seguida... Pero ahora lo principal es que me dé, que me preste esas siete pesetas. El aparato sigue corriendo, y es lástima que se aumente la cantidad. Ha marcado cinco cincuenta. Yo desconozco las costumbres de Madrid. ¿Cree usted, señor duque, que con una cincuenta de propina quedará contento el chofer?... ¡Las siete pesetas, señor duque, las siete pesetas!...

DUQUE Anda, Tomás. Baja y paga lo que sea... *(Tomás se va por el fondo.)*

MARG. Gracias, señor duque. No sabe usted cuánto se lo agradezco, y la preocupación que tenía pen-

sando que iba a entrar en esta casa, para mí totalmente desconocida, pidiendo dinero.

DUQUE No hay duda de que ha entrado usted de un modo muy original; y yo la suplico...

MARG. Que le explique... Que le diga quién soy, ¿no es eso?

DUQUE Efectivamente. ¿Quién es usted?

MARG. ¿Me permite usted que antes me desembarace de este maletín y de estas sombrereras? Y perdone usted la confianza que me tomo. *(Hace lo que ha dicho.)* Y otro favor, señor duque. ¿Fuma usted tabaco egipcio? Porque si fuma usted tabaco egipcio, le agradecería muchísimo un cigarrillo.

DUQUE ¿Tabaco egipcio?... ¿Acaso tú, Martelito?

PACO No. Yo tampoco fumo tabaco egipcio.

MARG. Pues mande usted a un criado por una cajetilla. Yo le pagaré la cuenta del taxi y el valor del tabaco tan pronto como llegue mi tío.

DUQUE ¿Su tío?

MARG. Sí, señor duque. Y haga usted venir al criado, y que vaya pronto por la cajetilla. Porque comprenda usted mis deseos: desde la estación de Baeza, en que terminé el último cigarrillo, hasta Madrid he venido sin fumar. Como mi tío guardaba mi tabaco en su petaca...

DUQUE Todo esto está muy bien, señorita; pero creo que lo primero de todo debe ser que yo sepa quién es usted y quién es ese tío suyo.

MARG. ¿Y no llama usted al criado? *(A Paco Martel.)* ¿Quiere usted, caballero, ayudarme a convencer al señor duque de que esos cigarrillos me son precisos?

PACO Anda, hombre; envía por ellos. *(El duque toca un timbre.)*

DUQUE Bueno, señorita; pero debo advertirla que esta noche tengo poco tiempo que perder, y espero que abrevie la explicación de su extraña visita. *(Sale Tomás por el fondo.)*

MARG. El criado.

DUQUE *(A Tomás.)* Llégate al estanco más próximo y trae una cajetilla de cigarrillos egipcios.

MARG. De cualquier marcha, ¿eh? *(Reverencia de Tomás*

y mutis.) Y nuevas gracias, señor duque. ¡Con razón dice mi tío que es usted amabilísimo!

DUQUE ¡Y vuelta a su tío!

MARG. Sí, señor; eso dice. Y de no haberle pasado a mi tío lo de Santa Elena, de seguro que a estas horas no estaría yo aquí causándole estas molestias.

DUQUE ¿Lo de Santa Elena?... *(A Paco.)* Bueno; ella no acaba de decirlo; y tú, ¿sacas por consecuencia quién es esta señorita?

PACO Por lo de Santa Elena, está clarísimo. Debe ser una sobrina de Napoleón.

MARG. *(A Paco.)* Oiga usted, caballero: no permito burlas directas ni indirectas que se relacionen con mi tío; y si el citar a Napoleón lo ha hecho pensando en que yo pueda estar ignorante de la Historia de Francia, sepa usted que tanto la Historia de Francia como la Universal son mi fuerte.

PACO Usted perdone... y reciba mi felicitación por esos conocimientos.

DUQUE Lo de la Historia me parece de perlas; pero, ¿quién es usted, señorita? ¿Qué desea usted? ¿Qué busca en esta casa?

MARG. Es que he hecho la anterior advertencia porque es creencia general que las mujeres no sabemos nada de nada, y yo, y sobre todo de Historia, repito, sé más que muchos hombres. ¿Quieren ustedes que les hable de los romanos? ¿De los griegos? ¿O de los que más admiro? ¡Pero mucho más que a los romanos y los griegos!

PACO Oiga usted, ¿quiénes son esos? *(Aparece Tomás por el fondo con los cigarrillos.)*

TOMAS Los egipcios. *(Risa general.)*

PACO ¡Hombre, eso ha tenido gracia!

MARG. ¡Los egipcios!... ¡Pero que muchísima gracia!

DUQUE ¡Si, señor, que la ha tenido! *(Los tres siguen riendo, y Tomás contempla estupefacto la cajetilla.)*

TOMAS (¿Por qué tendrán gracia los egipcios?)

DUQUE *(A Tomás.)* Anda, entrégale la cajetilla a la señorita y retírate. *(Tomás obedece y se va por el*

fondo. Margarita saca un cigarrillo y lo enciende con una cerilla que le da Paco Martel.)

MARG. Agradecidísima. *(Fumando con deleite.)* ¡Ay, me parece mentira!

DUQUE Bueno, señorita. Ya está pagado el taxi, y fuma usted un cigarrillo... ¿Le parece que ha llegado el momento de que yo sepa quién es usted?

MARG. Pues soy Margarita Aguirre. Pero caerá usted mejor en la cuenta y se lo explicará por mi segundo apellido: Montesa.

DUQUE ¿Montesa? Antonio Montesa es mi administrador en Andalucía.

MARG. Hermano de mamá. Yo soy sobrina de su administrador.

DUQUE Que, por cierto, hace días que me anunció una visita.

MARG. Y conmigo debía estar a estas horas en Madrid, de no haber ocurrido el lance de Santa Elena, de que hablé antes. *(Pausa.)* Veníamos en el rápido, y al llegar esta tarde a la estación de Santa Elena, como mi tío, a causa de su enfermedad del estómago, está a plan lácteo, descendió del tren para llenar un termo de leche... ¡Porque ya sabrán ustedes lo famosa que es la leche de ese pueblo!... Para abreviar: que el tren se puso en marcha, que mi tío no pudo subir a él y quedó en medio de la estación, con el termo en la mano, y sin poderme ni aun decir lo que se dice siempre: ¡Feliz viaje! ¡Aunque buena felicidad de viaje era la mía, al verme sola, sin una peseta!...

PACO Y sin cigarrillos.

MARG. ¡Ah! Pero ahora los tengo. Por cierto que no conocía esta marca. Son riquísimos.

DUQUE Ya empiezo a comprender...

MARG. Y al llegar a Madrid, ¿qué iba yo a hacer en la situación que me encontraba? Le di al chofer la dirección de esta casa, y aquí estoy.

DUQUE En eso ha hecho usted perfectamente.

MARG. Yo creo que mi tío vendrá en el primer tren, y si ha encontrado un automóvil que alquilar... *(Transición.)* Ahora bien, señor duque; si le

soy a usted molesta, me presta unas pesetas más, y me traslado a un hotel. ¡Aunque me disgustaría tanto pasar la noche sola en un hotel! Y sobre todo esta noche, la última del año, tan indicada para estar con la familia o personas íntimas...

DUQUE ¡Qué disparate!... ¿Cómo voy yo a consentir que se vaya usted a un hotel?

MARG. Ya sé qué en España no está admitido que una señorita se hospede en casa de un hombre soltero; y sobre todo de un hombre soltero que reúna las cualidades y los atractivos que usted, señor duque...

DUQUE *(Con alguna ilusión.)* ¿Cree usted que yo?...

MARG. ¿Soy yo acaso la primera que se lo ha dicho?

DUQUE De ese modo..., la primera.

MARG. Pues me felicito. Y como decía: en España no está bien visto; pero como yo he vivido en un país que piensa de muy distinto modo en este sentido...

DUQUE Por el acento parece usted americana.

MARG. Pues soy española. Pero he vivido en la Argentina desde niña, y si he vuelto a España ha sido al enviudar mi tío, que me trajo a su lado. *(Pausa.)* Conque ¿me admite usted en su casa?

DUQUE Encantado, señorita... Tratándose de la sobrina de Antonio Montesa... Y sobre todo, de una muchacha tan bonita, tan simpática...

MARG. Ya ve usted: ¡a usted ninguna le ha dicho nadie lo que yo antes, y a mí, en cambio, eso de bonita y simpática me lo dicen todos los días!... ¡Pero no me lo creo! *(Transición.)* Y ya que tengo el honor de ser huésped del señor duque de la Fuensanta, ¿quiere dar órdenes el señor duque de la Fuensanta para que me preparen habitación, y sobre todo para poder asearme un poco? *(El duque toca un timbre.)* Muy amable.

DUQUE ¿Visita usted Madrid por primera vez?

MARG. Por primera vez. *(Sale Tomás por el fondo.)*

DUQUE *(A Tomás.)* Dile a ama Rosa que venga. *(Se va Tomás por la izquierda.)*

MARG. No pueden ustedes comprender la preocupación

que tengo por la suerte que haya corrido mi tío.

DUQUE Vendrá en el primer tren, como usted ha dicho antes.

MARG. *(Sacando otro cigarrillo.)* ¡Voy a encender el segundo! ¡Traía unas ganas de fumar... *(En el momento que enciende el cigarrillo sale ama Rosa por la izquierda, que con un gesto indica el mal efecto que le produce ver a Margarita fumando.)*

ROSA *(Después de una pausa.)* ¿Qué ordena vuecencia?

DUQUE Que mandes disponer una habitación para esta señorita, que será mi huéspeda esta noche.

ROSA ¿Cómo?

DUQUE ¿No te has enterado? Que se le prepare una habitación a esta señorita.

ROSA Lo he oído dos veces, y vuecencia se hará cargo de la estupefacción que me ha causado la orden. ¿Que en el palacio va a dormir una señorita?... ¿Y una señorita que fuma?

MARG. ¿Usted no?

ROSA ¿Yo fumar?... No..., señorita. Yo jamás hice pacto alguno con el diablo.

DUQUE *(Nervioso.)* ¡Ama Rosa!

ROSA Perdone vuecencia que proteste; pero no quiero que se ponga en tela de juicio mi honestidad.

PACO Pero, ama Rosa, ¿qué ha podido usted creer?

ROSA ¡Señor Martel, nada y mucho!

DUQUE *(A ama Rosa.)* No seas imprudente, y manda disponer lo que he ordenado.

ROSA El señor duque tendrá que dispensarme; pero trasladaré la orden a la camarera primera, con el aviso de que será la última que yo reciba de vuecencia, porque, en completo desacuerdo con vuecencia, no puedo prestarme a los servicios que se me imponen. *(A Margarita, con retintín.)* Y no, señorita; no fumo..., no fumo. *(Mutis rápido por la izquierda.)*

DUQUE Perdónela usted, Margarita. Le habrá a usted parecido extravagante la escena; y doblemente al pensar que pueda tener a mi servicio a una mu-

jer que me contesta con ese desenfado; pero tiene sobrada confianza conmigo.

MARG. Lo que observo es que he venido a causarle un trastorno... Y esto no puede ser... *(Cogiendo el maletín y las sombrereras.)* Nada; será mejor que me marche a un hotel.

DUQUE De ningún modo. Le he dicho que se quede usted en mi casa, y se queda usted. ¿Qué podría usted pensar? Permítame abandonarla unos instantes. Yo mismo voy a ocuparme de su instalación.

MARG. Pero, señor duque...

DUQUE Un momento. *(Se va por la izquierda.)*

MARG. ¡Es muy simpático el señor duque!... Llegaremos a ser muy buenos amigos. ¡Pero esa vieja extravagante!...

PACO ¿Ama Rosa?

MARG. ¿Es el ama de gobierno?

PACO Lo es todo en esta casa, porque en ella se ha criado y ha visto nacer al duque.

MARG. Si me lo explico perfectamente. Ahora, que a mí no me conoce; y si me lo propongo, soy capaz de hacerla fumar.

PACO ¡Eso sería muy divertido!

MARG. Y no lo considere usted muy difícil. ¡Porque en cosa que yo ponga empeño!... *(Vuelve el duque por la izquierda, seguido de Julia, camarera de la casa.)*

DUQUE Ya está todo dispuesto. Esta camarera le explicará a usted las habitaciones que se le destinan

MARG. ¡Cuánta amabilidad, señor duque! *(A Julia.)* Pues vamos. *(Al Duque.)* Y, lo repito: si mi estancia en su casa le causa alguna molestia... No; si ya sé que es usted tan atento, que aunque así fuese no me lo diría... ¡Y todo porque a mi tío se le ocurrió llenar el termo de leche! *(A Julia.)* Por aquí, ¿verdad? *(Va a hacer mutis por la izquierda, y se detiene para advertirle a Julia.)* ¡Cuidado con esa sombrerera!... ¿Le extraña lo que pesa?... Es que en ella guardo a *Herodoto*... Sí, señores; a mi perro *Herodoto*... Le llamo así por mi afición a la Historia... *(Abre*

la sombrerera y saca de ella un perro pequeño.) ¿Lo ven ustedes?... ¡Rico, precioso!... *(Como haciendo presentaciones.)* El señor es el duque de la Fuensanta, ¿sabes? Y el señor, un amigo del señor duque...

PACO ¡Tantísimo gusto, amigo *Herodoto!*

MARG. Lo llevo en esa sombrerera siempre que viajo para no pagarle billete... ¡Y se está más quietecito!... Bueno; con el permiso de ustedes, voy a asearme un poco. *(Al perrito.)* Anda, lindo mío, que estamos de suerte; porque ¿a que no te creías tú que íbamos a entrar en el año nuevo hospedados en un palacio? *(Mutis por la izquierda, seguida de Julia, que carga con el maletín y las sombrereras.)*

DUQUE ¿Qué te parece, Martelito? ¿Qué te parece?

PACO ¡Como parecerme, me parece una muchacha encantadora!

DUQUE De no ser así, ¿crees tú que yo la hubiese alojado en mi casa? Con haberla enviado a un hotel... Digo que qué te parece mi situación. ¿Qué debo yo hacer?

PACO No te comprendo.

DUQUE ¿Encuentras natural que la deje sola con la servidumbre y me vaya a la fiesta que tengo preparada?

PACO Hombre, no había caído en ello.

DUQUE ¡Y es muy mona, monísima, sí, señor; pero me parece demasiado sacrificio.

PACO ¿Por qué no la llevas contigo a la *garçonnière?*

DUQUE ¡No seas canallita! Se trata de una muchacha seria; sobrina de mi administrador...

PACO Hijo, pues no sé qué contestarte. A lo mejor viene cansada del viaje y se acuesta en seguida.

DUQUE Si fuese así... *(Pausa.)* Indudablemente he estado un poco débil. Porque un hotel era la solución. *(Transición.)* Y es que, te lo confieso, me ha impresionado esa muchacha.

PACO ¡Alvaro!

DUQUE ¡En el buen sentido de la palabra! Me ha hecho gracia su desenvoltura, su alegría... Pero ¡de esto a dejar sin efecto mi cena de año nuevo!...

Y, por otra parte, me parece una descortesía..

PACO Bueno, chico; mientras tú resuelves esa interesantísima cuestión con tu conciencia, que tendrá como final que la muchacha duerma a pierna suelta, mientras nosotros nos juergueamos, voy a ver a mi amiguita, para darle la noticia de que será admitida en el festival.

DUQUE Pero vuelve por aquí, para irnos juntos..., si es que voy.

PACO No tardo quince minutos. Y repito que no debes preocuparte. Dale de cenar tempranito a tu huéspeda, excúsate tú con una ligera indisposición, un socorrido dolor de cabeza; ella a la camita..., y nosotros a saludar el año nuevo en plena bacanal... ¡Y muchos como éste y otros mejores!... Vuelvo en seguida. *(Mutis por el fondo. El Duque queda pensativo, y momentos después sale Tomás por el fondo.)*

TOMAS Con el permiso del señor duque. El jefe ha enviado la nota de la cena, por si la aprueba el señor duque o considera precisa alguna modificación.

DUQUE Déjala ahí. *(Tomás obedece y deja sobre el buró un papel que sacaría.)*

TOMAS Y debo hacerle saber al señor duque que ha telefoneado el director de la música, que siempre sirve al señor duque, para decir que por fin ha encontrado los negros que deseaba el señor duque.

DUQUE Bien.

TOMAS Y han avisado también que han llevado a la *garçonnière* los regalos para el cotillón. *(Pausa.)* ¿Se vestirá pronto el señor duque?

DUQUE No sé, no sé lo que haré. Ya avisaré cuando te necesite. *(Pausa.)* Oye: ¿qué ruido es ese? ¿Quién habla por ahí?

TOMAS Don Antonio Montesa. El administrador del señor duque. *(Aparece, en efecto, por el fondo, Antonio Montesa. Este es un cincuentón, andaluz hasta el tuétano, que ya sabemos que ejerce el cargo de administrador de las fincas que posee*

en Andalucía el Duque. Viste traje claro, que cubre con un guardapolvo. Tomás hace mutis.)

ANT. ¡Ay, señó duque de mi arma!... ¡Ay, señó duque de mi vía!... Perdone usté que entre así, saludarle como manda la urbanidá; pero lo que a mí me pasa es una cosa grande. ¡Muy grande, señor duque; muy grande!...

DUQUE Vamos, serénese; tranquilícese... Que a lo mejor será menos de lo que usted se figura.

ANT. ¿Menos?... ¡Más de trescientos kilómetros acabo de recorré en automóvil, porque no encontré a mano un aeroplano, con el arma en un hilo!... Porque ¿usté sabe lo que a mí me pasa?

DUQUE ¡Naturalmente! Que en la estación de Santa Elena ha perdido esta tarde el tren en que viajaba usted con su sobrina Margarita, la cual se encuentra feliz y contenta en Madrid.

ANT. ¡Señor duque de mi corazón!...

DUQUE Nada. Esté usted tranquilo. Ha hecho lo que ha debido hacer: de la estación se trasladó a esta casa, y en esta casa está, esperándole con la misma preocupación que usted: «¿Qué habrá sido de mi tío?»

ANT. Que pude encontrá un automóvil de alquilé...

DUQUE Cosa que suponíamos que haría usted...

ANT. Y que he venido a toda marcha. ¡Qué horas he pasado, señó duque! He recordado todas las grandes catástrofes. ¡He pensado que el tren en que venía Margarita iba a sé sepultado en uno de los túneles de Despeñaperro!

DUQUE ¡Qué atrocidad!

ANT. ¡Espejismo, señó duque, espejismo!... Y de mí, ¿qué voy a decirle?... ¡Veníamos a setenta y ochenta, y me parecía el automóvil una tortuga! ¡Espejismo!...

DUQUE Pues, nada; le repito que se tranquilice, porque en seguida verá usted a su sobrina.

ANT. Ya estoy tranquilo..., muy tranquilo. Y no era por otra cosa que por la situación en que ella venía: sin un séntimo, sin conosé Madrid... De otra forma, Margarita es capá de darle la vuelta al mundo sin que le asute na.

DUQUE Eso parece: muy viva, decidida...

ANT. ¡Una alhaja, señó duque!... ¡Lo que se dise una alhaja!

DUQUE ¿Y qué? ¿Cómo ha dejado usted El Madroñal?

ANT. ¡El mismo paraíso de siempre! Puede usté tené el orgullo de desí que es dueño de la mejó finca de Andalusía!... De España..., ¡qué digo dé España!... Del mundo... ¡Y en esto sí que no hay espejismo!... *(Transición.)* ¡Y qué dueño tan ingrato!

DUQUE Porque no la visito nunca, ¿verdad? Para el mes venidero tengo en proyecto una montería. ¿Cómo está aquello de caza?

ANT. ¡La ponderasión de las ponderasiones!... Los venaos se ven a manadas, y los jabalíes... Lo que le digo, señó duque. ¡Usté se convenserá si organisa esa montería! *(Sale por la izquierda ama Rosa.)*

ROSA ¡Señor don Antonio Montesa!

ANT. ¡Mi querida ama Rosa!... ¿Qué ta? ¿Cómo se anda?

ROSA No van faltando achaques... Pero siempre en mi puesto. Piloto de este buque, que si no naufraga no es ciertamente por el cuidado que pone en su mando el capitán.

DUQUE ¡El capitán soy yo, amigo Montesa, y ella no es el piloto, sino el mascarón de proa!

ANT. ¡Eso tiene salero!

ROSA ¡Si el señor duque es muy gracioso!... Pero hoy no me enfado, por el buen acierto que ha tenido. *(Al Duque.)* Perdona mi intemperancia de antes. ¡Alguna vez habías de poner el dedo en la llaga! *(A Antonio Montesa.)* Figúrese usted, señor Montesa, que sin más explicación me dice ¡que mande preparar habitación para una señorita!

DUQUE Para Margarita.

ROSA ¡Linda muchacha!... ¡Un ángel del cielo!... ¡Y qué zalamera!

ANT. ¿Le gusta a usted mi sobrina?

ROSA ¡Me embelesa!... ¡Qué demonio de muchacha! *(Al Duque.)* Porque yo estuve grosera con ella,

¿verdad? Pues como si nada. Volver a verme y decirme, como me lo hubiese dicho un mozo.... ¡y con una gracia!... : «¡Quisiera haberla conocido a usted con veinte años!... ¡Estaría usted *jamón!...»* ¡Qué diablo de criatura!... *(A Antonio Montesa.)* Y en eso, señor Montesa, aunque esté mal que lo diga, no está equivocada; porque a los veinte años entraba yo en Capellanes, y perdía el compás hasta el director de la música. *(Sale Margarita por la izquierda.)*

MARG. ¡Tío Antonio!

ANT. ¡Margarita!... ¡No sabe er día que he llevado!... Pero ¿estás bien? ¿Has hecho bien el viaje?

MARG. ¿Y tú?... ¡Porque mal día el mío! ¡En cambio la noche va a ser magnífica! No tienes idea de la habitación que me han preparado. *(Refiriéndose a ama Rosa.)* Elegida seguramente por esta señora, que es la mujer más simpática que he conocido en mi vida. *(Ama Rosa se pavonea de gusto.)* Y no es adulación; es la verdad, porque yo soy enemiga de adulaciones.

ANT. Pero ¿qué dices? ¿Pasar la noche aquí? Si yo no hubiese llegado... No, Margarita... Vámonos a un hotel. No podemos, ni debemos...

MARG. ¡Pero, tío!... Si el señor duque está encantado de darnos hospitalidad... ¿Verdad, señor duque, que usted?... Y que, además, esta noche es una noche grande en esta casa... *(Transición.)* Esto lo sé por ama Rosa, que me lo ha referido con todo género de detalles. *(A Antonio Montesa.)* ¿Tú conocías a ama Rosa? ¿Verdad que es una mujer adorable?

ROSA *(Hecha jalea.)* ¡Zalamerona!

MARG. Pues sí; esta noche, como último de año, se sirve en la cena la torta de miel, que ha de darnos suerte en el venidero, y el señor duque estoy segura que le satisface obsequiarnos con ese plato de felicidades para lo por venir.

ROSA Sí, sí, señor Montesa. En seguida se le preparará a usted habitación; y disfrutará usted, como todos, de la torta de miel.

ANT. ¡Pero si yo estoy a plan lácteo!

MARG. Pues hoy se quebranta el plan, para hacerle honor al señor duque..., que en la cara le estoy conociendo la alegría que tiene en invitarnos. *(Al Duque.)* ¿Verdá que está usted muy contento?

DUQUE *(Dominando su contrariedad.)* ¡Ya lo creo!... ¡Muy contento!... ¡Contentísimo! *(Sale Paco Martel por el fondo.)*

PACO Ya estoy de vuelta... ¡Querido amigo Montesa! ¿Cómo va esa salud?

ANT. ¡Tirando de la vía!... ¿Y usté, señó Martel?

PACO Hecho un roble y alegrándome de haber nacido. He tenido el gusto de conocer a su encantadora sobrina...

MARG. Y esta sobrina lo tiene ahora de comunicarle que esta noche será usted de los nuestros... *(Al Duque.)* ¿Me autoriza usted para esta invitación?

PACO ¿Pero qué sucede?

MARG. Que se lo diga el señor duque.

PACO ¿Qué pasa, Alvaro?

DUQUE Nada, Martelito; que esta noche nos espera la torta de miel.

PACO *(Extrañadísimo.)* ¿La torta de miel?

MARG. ¡Tiene usted asegurada la felicidad para el año entrante!

PACO ¿La felicidad? *(Llevándose aparte al Duque.)* Pero, explícame, Alvaro... ¿Qué significa esto? ¿Y nuestra fiesta?

DUQUE Se aguó. Hay días en que se despierta uno tonto, y hoy me he despertado yo así. No he podido negarme al capricho de Margarita, y cenamos en casa.

PACO Cenarás tú. ¡Yo qué voy a dejar plantada a mi amiga!... *(Despidiéndose.)* Señor Montesa... Señorita... Lo siento mucho, pero esta noche me es imposible...

MARG. ¿Que se marcha usted?... ¡Qué locura! *(Le coge por un brazo, deteniéndole.)* ¿Va usted a darle ese disgusto al señor duque? ¿Pero es que no quiere usted ser feliz en el año que va a comenzar?

PACO ¿Quién no quiere ser feliz?

MARG. Pues para serlo tiene usted que comer con nosotros la torta de miel.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Barbacana de la finca «El Madroñal», situada en Sierra Morena, próxima al pueblo de Hornachuelos. A la izquierda, gran portada de entrada a la finca, y al fondo, murallón de poco más de un metro de altura, con almenas; destacándose en último término un hermoso paisaje de serranía, con algunas casas de campo y ermitas. A la derecha, la entrada a la barbacana. Bancos de piedra pegados al murallón del fondo, y de mobiliario, una mesa y algunas sillas de junco. Es por la mañana de un espléndido día de abril.

(Aparece Tomás recogiendo de la mesa un servicio de café que habrá sobre ella, y sale por la derecha Retaco, viejo guarda jurado.)

RETA. ¡Güeno día te dé Dió, madrileño!

TOMAS ¿De dónde saca usted que yo soy madrileño?

RETA. Pos de que vive en Madrí; y pa mí tos los que viven en Madrí son madrileño, como tos los que viven en Seviya son seviyanos.

TOMAS Bueno, pues yo vivo en Madrid y soy de Cangas de Tineo, aunque usted no lo crea.

RETA. ¡Hombre, por eso no vamo a peleá! *(Pausa.)* ¿Qué? ¿Ya han comenzao los desayunios?

TOMAS Ha desayunado solamente el señor Martel.

RETA. ¿El amigo del señó duque? ¡Güena persona! ¡Mu corriente, mu campechano!... Me regaló la otra tarde un puro de esos que tienen un braguero encarnao, y a la primera chupá me pareció que m'habían quitao dié año d'ensima, de lo bien que me sentó ar cuerpo, y cuando estaba por la mitá er puro, me encontraba de joven como el año que entré en quinta.

TOMAS ¡Vamos, que se fuma otro de esos, y se ve usted en mantillas!

RETA. ¡Güeno estaba!... ¡Y es que uno señore tan señore como esto señore difrutan de unas cosas! *(Señalando a la mesa.)* Esos mismo bollo, ¿no están diciendo comerme?

TOMAS ¿Cuáles?... ¿Los *cruazán*?

RETA. ¿Cómo has dicho?

TOMAS *Cruazán.*

RETA. ¡Mi madre, qué nombre tan raro! ¡Y a lo mejó ¡vaya usté a sabé!—eso e inglé, y en inglé se le llamará así a los cuerno!

TOMAS ¿Quiere usted probarlos?

RETA. Si pone mucho empeño en ello, dame uno pa ve cómo me sienta una corná en el estómago. *(Tomás le da uno, que Retaco come.)* ¡Mantecoso está, sí, señó!... ¡Si por argo quisiea yo sé duque o, vamo, sé rico, es pa la custión der *tajelen!* En mi mesa no iba a fartá de na, y sobre to, arró con leche.

TOMAS Le gusta a usted, ¿eh?

RETA. ¡La *improsultra!* Pa mí no ha habío na má que do día grande en este mundo: er día que se enterró mi mujé, que m'había dao que pasá lo mío, y otro, que por poco si me muero yo de un cólico de arró con leche. ¡Pero me moría a gusto! ¡Sinco fuente me comí! *(Transición.)* Oye, dame otro cuerno inglé de eso, que no m'ha sentao malamente.

TOMAS Los señores. *(Salen por la izquierda Paco Martel y Antonio Montesa. Tomás recoge el servicio de café y se va por la izquierda.)*

PACO *(A Retaco.)* ¡Hola, gran hombre!

RETA. ¡Güeno día le dé Dió a lo señore!

ANT. ¿Qué te trae por aquí?

RETA. Que m'ha asercao a Hornachuelo, y m'ha dicho er veterinario que ya ha resibío de Córdoba las do cabesa disecá de lo do venao que mató er señó duque, y dise que espera sabé que c'hase con eya: si la manda aquí, ar Madroñá, o la fartura pa Madrí.

ANT. Ya lo dispondrá el señó duque.

PACO Buenas piezas, ¿eh, Retaco?

RETA. ¡De tipo! Como esa sólo he visto otra iguá en una montería que dieron en honó d'un prínsipe de Ingalaterra.

PACO ¿Y usted lo recuerda?

RETA. ¡Ya lo creo! Por entre esto camino y esto zarzale he visto yo a gente mu gorda. ¿Oté ha cído mentá a don José Esponseda? Un poeta de Madrí?...

PACO ¡Hombre, ya lo creo!

RETA. Muchacho era yo también cuando estuvo po aquí. Vino pa conosé er Sarto er Fraile, que místelo oté donde está, y la Cueva e la Penitenta, que le sirvió ar señó duque e Riva pa escribí un drama, que si no m'han equivocao, se intitula *Er Príncipe don Arvaro de Castilla o er sino e ca uno.*

PACO ¡Delicioso, Retaco, delicioso!...

RETA. ¡Po tuve er gusto de que me diera la mano!

PACO ¿El príncipe don Alvaro de Castilla?...

RETA. Don José Espronseda... Y como yo también, aunque me esté mal er desirlo, tengo mi miíita e poeta, y me saco de la cabeza arguna cosa mu presiosa, po fuí y le zampé un verso, y me dijo que l'había gustao mucho; y le zampé otro verso, y me dijo que l'había gustao má, y hasta me sacó un mote: *Vigilo.*

PACO Sería Virgilio.

RETA. ¡Eso! Vigilio de Sierra Morena. *(Sale Margarita por la izquierda.*

MARG. ¡Felices días!

PACO ¡Felicísimos, encanto de El Madroñal!

MARG. ¿Nada menos?

PACO Y me quedo muy corto.

MARG. ¿Qué hacían ustedes aquí?

PACO Escuchando a Virgilio.

RETA. De mis cosas c'hablaba, señita. Y de mis cosas que so también, que l'estoy sacando un verso a la señita, que cuando lo tenga concluío va a ve la señita que la pongo de arta como a la Virgen de lo Remedio.

MARG. ¿Tanta es su inspiración por mí, Retaco?

RETA ¿Aspirasión?... Yo no sé lo que es eso; pero mismamente que verla y sentí que me bulle, bulle en la cabesa un montón e cosa bonita pa er verso, es más verdá que ese so que nos alumbra.

ANT. Señó, a mi tema: ¡espejismo y na ma que espejismo! *(Pausa.)* Y anda, Retaco; vámonos p'adentro. Que te voy a da un encargo pa er convento e los Angele.

RETA. Otémanda, don Antonio. *(Antonio Montesa inicia el mutis por la izquierda, y Retaco se detiene un momento para colocarle a Margarita el siguiente romance):*

En yegando primavera,
nos vienen las golondrina,
que ar Señó, en er Carvario,
hijo de Vigen María,
con er pico le quitaron
toa la corona de espina...

ANT. Anda, poeta... Deja eso pa luego. *(Retaco obedece y le sigue.)* ¡Espejismo, don Paco, espejismo!

RETA. ¡Hay días que m'asusto de las cosas que me jierven aquí. *(En la cabeza, ¿eh? Antonio Montesa y Retaco se van por la izquierda.)*

MARG. Es un gran tipo Retaco, ¿verdad?

PACO ¡Divertidísimo! Pero lo que no me puedo explicar es la muletilla de su tío de usted. Para él todo es espejismo.

MARG. Yo tampoco lo comprendía, hasta un día que me dió la explicación. Mi tío es un andaluz enamorado de su Andalucía, y tiene certeza de que el sol en esta región lo transfigura todo y lo hace todo mayor que lo natural. Los andaluces, que tienen fama de embusteros, no lo son; es que se engañan ellos mismos; para ellos sus mentiras no son mentiras; son como un espejismo. Verán un riachuelo con cuatro dedos de fondo, y les parecerá navegable para los mayores navíos; verán una casita de juguete, y les parecerá tan grande como la catedral más gigantesca. El único embustero de Andalucía, si es que hay alguno, es el sol... Todo lo que toca lo exagera. En

esto funda mi tío su teoría para ver continuo espejismo en esta tierra

PACO No está mal observado; porque, en efecto, ¡tiene tal atracción Andalucía!...

MARG. ¡Este sol, señor Martel; este sol! Y ejemplo sencillísimo de que todo lo agranda y lo exagera puede hallarse en ustedes.

PACO ¿En nosotros?

MARG. En usted y el señor duque... En el duque. Me olvidaba que me reprende siempre que le llamo señor duque. *(Pausa.)* ¿No me comprende? Vinieron ustedes a la sierra en enero, se efectuó la montería, y todos los invitados regresaron a Madrid...

PACO Excepto nosotros, ¿no es eso?

MARG. Exactamente.

PACO ¿Y cree usted, Margarita, que es también el sol el que agranda y prolonga nuestra estancia en la serranía? ¡En este caso sí que existe verdadero espejismo, porque no es un sol, sino dos soles!

MARG. ¿Dos soles?

PACO El símil está algo anticuado y peca de cursi, muy propio para los versos de Retaco; pero esos dos soles son los ojos de usted.

MARG. ¡Señor Martel!

PACO Y usted, que es muy lista, sobradamente lo comprende. El duque permanece en su finca El Madroñal, sin acordarse de que existe otro lugar mejor en el mundo, atraído por esos ojos, por esa cara, por ese cuerpo y por todo el bagaje de gracia que Dios ha tenido la buena ocurrencia de concederle a usted.

MARG. ¡Qué tontería!

PACO Y yo, que soy bondadoso de mío, confesando que ya estoy un poco harto de Sierra Morena, no me niego a complacer al amigo, y permanezco resignado a su lado..., cargando con la cesta.

MARG ¡Vamos, señor Martel; hoy se ha levantado usted con ganas de broma! El señor duque... *(Rectifica rápidamente.)* El duque quizá sienta por mí alguna simpatía, concedido; pero de esto a que yo sea la causa de que se detenga días y días

en El Madroñal!... Es que, según tengo entendido, hacía mucho tiempo que no visitaba esta fianca, y como es tan hermosa... Indudablemente entre estas montañas y las umbrías ha encontrado paz para su espíritu, y eso detiene su marcha.

PACO ¿Paz para su espíritu? ¡En su vida lo tuvo más en guerra!

MARG. ¿En guerra dice usted?

PACO ¡Margarita..., rica, que sabe usted demasiado, v bien que me comprende! *(Sale por la izquierda el duque de la Fuensanta.)*

DUQUE ¡Buenos días!

MARG. Muy buenos. Hoy se le han pegado a usted las sábanas.

DUQUE Hace un buen rato que estoy levantado. Me entretuve en escribir unas cartas...

MARG. Desayunará usted, ¿verdad?

DUQUE Una taza de café solo. No puedo acostumbrarme a otra cosa.

MARG. Eso no puede ser, señor...

DUQUE ¿Cómo?

MARG. ¡No puede ser, duque; eso no puede ser! Casualmente han enviado del beaterio de las Marroquíes unas cajas de bizcochos, que con chocolate son cosa riquísima. Nada; tomará usted chocolate con esos bizcochos, y luego un vasito de leche. Eso del café solo no puede ser, no puede ser.

DUQUE ¿Qué dices tú a esto, Martelito?

PACO Ya lo oyes: ¡que no puede ser!

DUQUE Es imposible contradecir sus deseos. ¡Se empeña en una cosa y hasta que no se sale con la suya! Nada, tomaré el chocolate.

MARG. Y el vasito de leche.

DUQUE Y el vasito de leche también. ¿Qué más me pide usted?

MARG. Que me permita que yo se lo prepare y se lo sirva.

PACO ¡Autorizada, Margarita! *(Al duque.)* ¿Verdad que no te niegas?

DUQUE ¡Si ella tiene ese capricho!

MARG. En un momento está el desayuno. ¿Lo tomará

usted aquí mismo, en la terraza? ¡ Hace una mañana tan hermosa !... Verá usted qué deliciosos son los bizcochos de las Marroquíes ! *(Margarita se va por la izquierda. El Duque la sigue con la mirada, embelesado, hasta después que ella haya desaparecido, y Paco Martel, muy zumbón, comienza a silbar el vals de* Fausto).

DUQUE ¿Qué significa esa musiquilla?

PACO Ya lo oyes: el vals de *Fausto*. Busca la aproximación.

DUQUE ¿De Fausto?

PACO De Margarita.

DUQUE ¡ Idiota !

PACO Llámame lo que quieras; pero la verdadera idiotez es que a tus años, y con tu experiencia, estés haciendo el cadete.

DUQUE ¿Tú crees que yo?...

PACO ¡ Pero un cadete novato !

DUQUE ¿En qué te fundas, Martelito; en qué te fundas para decir eso?

PACO ¿Qué hacemos nosotros aquí?

DUQUE ¡ Hombre, como hacer !... Disfrutamos de una vida apacible. Porque ¡ no dirás que El Madroñal no está lleno de encantos !

PACO ¡ Muchos encantos !... ¡ Y sobre todo uno !

DUQUE ¡ No seas imbécil !

PACO Tú dirás lo que quieras; pero esta apacibilidad que tanto te seduce se aparta muy mucho de la vida que tanto a ti como a mí nos atrae. ¡ Fiestas, mujeres, viajes improvisados ! Además, en Madrid, entre nuestras amistades, se comenta mucho esta ausencia prolongada. Tengo cartas en que me lo dicen así.

DUQUE ¡ Bastante me importa a mí la opinión de cuatro necios !

PACO Nos llaman ¡ los ilustres anacoretas !

DUQUE Unos necios, repito.

PACO Porque no tiene explicación que llevemos aquí tres meses.

DUQUE ¿Tres?

PACO Vinimos en enero, y nos encontramos en abril.

¡Porque no sé si sabrás que mañana es Jueves Santo!

DUQUE Claro que lo sé. Casualmente tenemos proyectado Margarita y yo asistir a los oficios sagrados en el convento de los Angeles, en vez de celebrarlos en nuestra capilla.

PACO Eso me parece muy bien; pero ¡Alvaro de mis pecados, yo estoy ya de sierra hasta la coronilla! La paz bucólica, tan decantada por los poetas, está bien para unos diítas; pero ¡tres meses sin ver un *cabaret! (Transición.)* Y te dejo. El chocolate estará humeando..., y se impone mi mutis.

DUQUE ¡Eres un majadero!

PACO Sí, señor; un majadero a quien tú le agradeces mucho que te deje en condiciones de poder cantar el primer dúo del día, al que podemos llamarle el dúo del desayuno.

DUQUE ¡Mamarracho!

PACO Además tengo que ir a Hornachuelos. Me han hablado de unas cornucopias que vende una señora, y voy a ver si valen la pena. ¡Ah!... ¡Y no se me ha olvidado nuestra apuesta! La del idolillo peruano.

DUQUE ¡Que a lo mejor te crees tú!...

PACO Yo no me creo nada; pero no se me ha olvido. *(Recitando con énfasis.)*

Diz que don Sancho creyó
que lo que él pensó creyeron. *(Transición.)*

¡Ya me ha dado en la nariz el chocolate! ¡Buen provechito! *(Se va por la derecha. El Duque le sigue con la mirada, hasta que desaparece. Se dirige luego al fondo, para contemplar el paisaje, y sale por la izquiera Margarita, sacando el servicio del comentado desayuno.)*

MARG. ¿Se ha ido el señor Martel?

DUQUE Sí. Se ha marchado a Hornachuelos.

MARG. ¿Qué se le ha perdido en el pueblo?

DUQUE Sus cosas... Su afición a las antigüedades.

MARG. Pues aquí está esto.

DUQUE Hace usted de mí lo que quiera. Jamás he tenido costumbre de desayunar.

MARG Eso era antes; pero el duque de la Fuensanta

es un niño muy bueno, muy bueno, y muy obediente, que debe mirar por su salud; y a su salud le sentará admirablemente este chocolatito. *(Sirviéndoselo.)* ¡Y que debe estar riquísimo! Le he añadido dos cucharadas de cacao para espesarlo... ¡Y los bizcochos!... Le gustarán mucho. Son exquisitos.

DUQUE *(Comiéndose uno.)* En efecto... ¡Exquisitos!...

MARG. Cuando regrese usted a Madrid, estoy segura de que sus amistades habrán de felicitarle por el cambio que ha dado. ¡Es usted otro! ¡Qué color!... ¡Vino usted a la sierra tan demacrado, tan paliducho!...

DUQUE Y yo declararé gozoso que todo esto se lo debo a usted, a sus cuidados, a sus atenciones. ¡Sería usted una excelente enfermera!

MARG. Eso no. No me gusta andar entre enfermos. En cambio, me entusiasmaría ser monja.

DUQUE ¿Qué dice usted?

MARG. Monja, duque. A pesar de que mi genio es alegre, alocado si usted quiere, y de haber vivido en un país tan libre en cuestiones religiosas como la Argentina, yo adoro en la serenidad, en la divina quietud de los conventos. ¡Qué lejos de todo se debe una sentir allí! ¡Qué lejos de sí misma! *(Pausa.)* Todo en las monjas es misterio y belleza. Las mismas tocas, ¿no constituyen el mejor adorno de la mujer?

DUQUE ¡Acaso no hayan caído en ello los modistos de París! Todo su entusiasmo por el monjío, no es otra cosa que la falta de un amor terrenal. ¿Es cierto? Porque... ¡vamos a ver!... ¿Ha estado usted alguna vez enamorada?

MARG. ¡Anda!... ¡Y lo estoy ahora!

DUQUE ¿Que está usted enamorada?

MARG. *(Cómicamente.)* ¡Muy enamorada!

DUQUE ¿De quién, Margarita? ¿De quién?

MARG. ¡De mi perro!

DUQUE ¡Qué payasada!

MARG. Las mujeres como yo, que no cuentan con fortuna, no podemos enamorarnos. Tenemos que aguardar a que se enamoren de nosotras. En cam-

bío, los poderosos como usted, pongo por ejemplo, están capacitados para comenzar a amar en todo momento, con la certeza de una rápida correspondencia en el amor.

DUQUE ¿Lo cree usted así?

MARG. Naturalmente. Ahora, que esa correspondencia casi siempre es interesada. ¡ No se enamore usted, duque ! ¡ No se enamore usted !

DUQUE ¿Es que no puedo yo inspirar una pasión?

MARG ¡ Tonto !... *(Al duque le mortifica un poco el calificativo y Margarita se ríe locamente.)* ¡ Qué cara ha puesto usted !... Perdóneme por la confianza con que le he calificado.

DUQUE ¡ Me ha llamado usted tonto !

MARG. Perdóneme, repito. Claro que le he llamado tonto... ¡ Y tan tonto !... Pero ¡ es que la preguntita !... *(Repitiendo la pregunta del duque con mucha entonación.)* «¿No puedo yo inspirar una pasión?» ¡ No, señor !

DUQUE ¡ Margarita !

MARG. Una pasión, ¿de quién? Si intenta usted enamorar a una mujer de las de su clase, llena del lógico orgullo que le ofrece su rango, no ha de halla usted en ella el verdadero amor, sino la conveniencia de una unión pactada, para reunir capitales y blasones. Y créalo usted : más atenta estaría ella, en vísperas de la boda, de los detalles de ésta : columnas enteras en los periódicos enumerando valiosos regalos, con la descripción del magnífico *trouxeau,* etc., etc. ; más atenta, vuelvo a decirle, que a la pasión que usted cree poder inspirarla.

DUQUE Pero ¿eso no será siempre?

MARG. ¡ El noventa y nueve por ciento de las veces !... ¡ Y dejo ese uno libre, para la que acertadamente se arrepiente en vísperas de la boda ! *(Transición.)* Bueno ; pues mucho peor es si se enamora usted de una muchacha no aristócrata... ¡ Vamos, de una de las de mi clase !... ¡ Está usted perdido ! ¡ Porque esa sí que le aceptaría cegada por la vanidad ! ¡ Es muy triste para el amor ser duque de la Fuensanta !

DUQUE Entonces, Margarita... ¿Qué opina usted que debo hacer? *(Burlón.)*

MARG *(Más burlona.)* ¡Mojar otro bizcocho, para apurar el chocolate que queda en la taza!

DUQUE ¡Me desconcierta usted con sus salidas de tono!

MARG. Es que me preocupo por su desayuno.

DUQUE Muchas veces me hago unas preguntas que no sé contestarme. ¿Es Margarita buena? ¿Es mala?

MARG. Pues parta usted la diferencia y contéstese: ¡es regular! Aunque debo ser buena, cuando quisiera ser monja. Y mire usted, duque; si toma usted en cuenta mis opiniones sobre sus dificultades para el amor, acaso también le conviniese pensar en un convento.

DUQUE Pensaré en el de usted cuando haga sus votos. Como, según sus teorías, no debo aspirar ni a una mujer de mi clase, ni a una de la suya, enamoraré a una religiosa.

MARG. ¡Eso ya lo hizo don Juan Tenorio, y ya sabe usted que nunca fueron buenas las segundas partes!

DUQUE ¡Es usted el demonio!

MARG. Pero un demonio con tan buenas intenciones que le va a servir a usted el vasito de leche... ¡Ale, a tomárselo sin replicar! *(Toma una jarrita y vierte en un vaso la leche que contiene, coqueteando lindamente. El duque la contempla con amor.)*

DUQUE Me lo tomaré si así lo exige mi tirana. Después de todo, obedecer a una mujer yo no sé quién ha dicho que es la más dulce de las claudicaciones. *(Los dos ríen. Se oye un ruido lejano.)* Pero ¿qué alboroto es ese?

MARG. Parece que rezan.

DUQUE Serán penitentes como yo, que se habrán tropezado con alguna otra imagen como usted

MARG. Pero ¿es que usted me cree digna de ser rezada?

DUQUE Y adorada.

MARG. ¡Hereje! *(Va al fondo.)* ¡Calle, y mire qué lindo! Una mujer con una cruz a cuestas. Y es una anciana. Debe ser un ex voto.

DUQUE Pero si apenas puede con el peso. Ese es un fanatismo que no se debiera consentir.

MARG Pues tenía usted que suprimir entonces a media humanidad, porque ¿quién no lleva su cruz?

DUQUE De todos modos, eso es un disparate.

MARG ¡Qué sabemos! Cuando ella lo hace, sus motivos tendrá.

DUQUE Aquí llega su tío. El nos explicará la razón de esa ofrenda. Oiga, querido Montesa, haga el favor de venir un momento. *(Entran por la derecha Antonio Montesa y Retaco.)*

ANT. El señó duque me dirá en qué puedo servirle.

DUQUE ¿Quién es aquella mujer?

ANT. La Nazarena. Si no hay nada más popular en toda la comarca. Un caso de espejismo.

DUQUE ¡Ah! ¿También de espejismo?

ANT. ¡Como todo, señó! Que las cosa para las persona no son lo que son, sino lo que ellas creen que son. Si yo le contara al señor duque...

DUQUE Prefiero que me lo cuente ella. Llámela usted ahora que está cerca. pero procurando que suelte ese madero. *(Mutis Montesa por la derecha.)*

RETA. Eso, con permiso der señor duque, es más difísi que pescá ranas con un acordeón. El año pasao la quise servir yo de... *(Se detiene un momento sin encontrar la palabra, y por fin se arranca.)* ... la quise yo serví de *Cirinedo,* y a poco si me mata.

MARG ¿Y cómo es que yo nunca la he visto?

RETA. Porque no se la ve más que en Semana Santa, y como la señorita no ha estao aquí nunca en este tiempo...

MARG. Ya tenemos aquí a la Nazarena. *(Entra ésta. Es una viejecita iluminada por las luces de la locura Viste traje de penitente, va descalza y trae a cuestas una cruz. Antonio Montesa viene acompañándola.)*

ANT. Pase, pase usted, Sagrario. Dígale al señor duque lo que desea saber el señor duque.

DUQUE ¿Adónde va usted con esa cruz, buena mujer?

NAZA. A la ermita de los Angeles. A cumplirla mi promesa a la Virgen. Esta noche, por fin, voy a ver a mi hijo, al que me mataron en la guerra. Anoche me lo anunsió la Virgen. Pero yo no quiero

que se sepa, porque tós querrán venir a abrasarle, y yo no quiero que nadie lo abrase más que yo.

DUQUE No se preocupe usted. Usted será la única que lo abrace esta noche. Pero deje esa cruz. Pesa demasiado.

NAZA. ¿Qué va a pesar? Si no la siento casi. Si parece que tiene alas. Dicen que estoy loca, ¿sabe su señoría? Pero no haga caso er señor duque. Los locos son ellos. Ellos, que no creen que la Virgen sea capaz de vorverme a mi hijo.

MARG. Pero ¿usted ve a la Virgen?

NAZA. Ya lo creo. La veo y me acarisia. Y como las dos somos madres, no sabe usted lo bien que nos entendemos, señorita. Yo le hablo de su Hijo, y Ella me habla der mío. Y las dos tan contentas. Y ahora perdone er señor Duque que me vaya y le deje, pero es que tengo prisa, mucha prisa.

DUQUE *(Visiblemente emocionado y quitándose lentamente el sombrero.)* Vaya usted con Dios, buena mujer; y que la Virgen le conceda todo lo que le pida.

NAZA. ¡Pos no ha de concedérmelo! ¡Si es más güena, más güena!... Adiós, señor Duque; adiós a usté y a tós. Y que la Virgen de los Angeles les haga tan felises como a mí me ha hecho hoy. *(Mutis por donde entró. La siguen todos con la vista.)*

DUQUE ¡Cuánto sufrirá esa mujer cuando llegue la noche y se convenza de que su hijo no vuelve!

MARG. No se convencerá. Le esperará siempre. Y cada día con mayor ilusión. Y como le queda poca vida, acabará por reunirse con él. Y entonces la Virgen habrá cumplido su palabra.

ANT. Voy con ella, no vaya a darse un trastaso por las escalerillas.

MARG. No tengas cuidado. Su fe la lleva en andas. *(Antonio Montesa hace mutis.)*

RETA. ¡Místenla cómo corre! Y tó por no perder su puesto en la proceción. Y así va la probetilla, descarsa y con la crus a cuestas, sus dos leguas largas.

DUQUE Le sangrarán los pies.

RETA. ¡Digo si le sangran! Pero ella no se entera.

¡Uy, qué cosa más grande acaba de ocurrírseme! Grasia ar señor duque, la saqué der sentío. *(Iniciando el mutis por la izquierda.)*

Gotas de sangre tus pieses
van vertiendo en las bardosas.
Riégalas bien con tus lágrimas
pa que se cuajen en rosas. *(Vase.)*

DUQUE ¿Por qué mira usted tanto hacia arriba? ¿Busca a alguien?

MARG. ¡Quién sabe!

DUQUE ¿También loca?

MARG. ¿Quién no lo está un poco?

DUQUE ¿Le ha enternecido esa pobre mujer?

MARG Como a usted y como a todos.

DUQUE ¿Al extremo de ponerla triste?

MARG. No, por cierto. Al contrario. Cuando se ve una cosa linda, se alegra uno de haber nacido. ¡Lo malo es que esas cosas lindas abundan tan poco!

DUQUE Eso creerá usted. Yo conozco muchísimas. ¿Quiere usted que le enseñe una?

MARG. ¡Cómo no! Digo, si la puedo yo ver.

DUQUE Usted, y sólo usted. Por lo menos aquí. *(Le entrega un espejito de bolsillo.)*

MARG. ¡Ay, qué gracioso! Si es un espejo.

DUQUE Un espejismo, como diría su tío. Pero no es esto lo bonito.

MARG. Es mi cara, ¿verdad? ¡Valiente burlón está usted hecho!

DUQUE Soy un monumento de sinceridad, se lo aseguro

MARG. Pues que le exhiban a usted, duque, y a mí que no me den ninguna papeleta, porque me lo sé a usted de memoria. Y se acabó la cháchara. Buen provechito, y hasta luego. *(Recoge los utensilios del desayuno e inicia el mutis por la derecha.)*

DUQUE ¿Pero se va a llevar usted misma esos trastos?

MARG. Sí, señor; y ningún anillo se me va a caer por eso.

DUQUE ¿Y tendrá usted valor de dejarme solo?

MARG Solo no; con sus pensamientos, que acompañan muchísimo.

DUQUE Le advierto a usted que el eclipse de sol no es hasta el mes que viene.

MARG. ¿Y a mí qué?

DUQUE ¿No es usted un sol?

MARG. Qué duda tiene. Pero yo no me eclipso. Es que me pongo.

DUQUE Pues póngase en mi caso y no se ponga usted.

MARG. No tengo más remedio ; me voy a alumbrar otras regiones.

DUQUE Entonces, buenas noches.

MARG. Buenas las tenga usted, y que las estrellas le sean leves.

DUQUE ¿Las de varietés?

MARG. Esas y las otras.

DUQUE Todas están muy lejos. Usted, en cambio...

MARG. Yo estoy más lejos que ninguna. ¡Pero no se mueva! ¡Estese quietecito! Usted no sabe lo mala que es la agitación después del desayuno.

DUQUE ¿Entiende usted de higiene?

MARG. Yo entiendo un poquito de todo. Lo mismo extiendo una receta, que cuido un jardín, que guío un automóvil, que le hablo a usted de Kant.

DUQUE ¿Cómo de Kant?

MARG. Sí, señor. Servidora es doctora en Filosofía y Letras, para lo que usted guste mandar. Pero no por eso me denigro haciendo las faenas de la casa. Mire con qué soltura manejo las bandejas y con qué naturalidad hago de doncellita. *(Insinuante y mimosa.)* ¿Ha desayunado bien el señor duque? ¿Se encuentra satisfecho el señor duque? ¿Tiene algo más que mandar el señor duque? ¡A las órdenes del señor duque! *(Mutis por la derecha con el servicio del desayuno.)*

DUQUE *(Solo.)* Es una muchacha encantadora. Tiene una distinción, una gracia, un... ¡Ay, Alvaro, que me parece que Martelito está en lo firme, y que te estás interesando demasiado por la sobrina de tu administrador!

RETA. *(Por la izquierda.)* ¡Señó duque, señó duque!... Un señorón muy señorón y unas señoritas muy pintás que preguntan por el señor duque.

DUQUE ¿Quiénes son?

RETA. No sabemos. Si no han hecho más que llegá y salí de la petaca con la mar de trabajo.

DUQUE ¿Cómo de la petaca?

RETA. Yo le llamo petacas a esos automóviles de pie' de Rusia que pa sabé quién hay dentro se tiene uno que agachá.

DUQUE ¿Pero cómo es posible que hayan sabido dónde estoy, si yo a nadie le he dicho?... ¡Vaya, que vienen a amargar mi retiro! Vamos a ver quiénes son...

RETA. No se moleste el señor duque, que ya vienen pa acá. Y que las señoritas despiden un oló que tié uno que agarrarse pa no perdé er senrío.

DUQUE Hombre, si es Juanito Barradas. Por aquí, señores, por aquí. *(Entran por la izquierda Juanito Barradas, Muñeca y Pepucha. El primero es un niño* bien *de nuestros tiempos, y ellas dos entretenidas de postín, distinguiéndose en que una de ellas, Muñeca, es maestra ya en las artes de su entretenida profesión, y la otra, Pepucha, tiene todavía, como suele decirse,* el pelo de la dehesa.)

JUAN. ¡Salve, desterrado!

MUÑE. ¿Dónde está el hombre de la selva?

DUQUE ¡Muchachos, qué sorpresa!

MUÑE. ¿Buena o mala?

DUQUE Agradabilísima.

MUÑE. ¿Se te puede besar?

DUQUE Toda la vida. *(Muñeca besa al duque.)*

RETA. Cuidado con la pintura.

DUQUE ¿Qué dices tú, zoquete?

RETA Na, que estoy recordando un letrero que he visto en una valla. (¡Mi madre, si a mí me hicieran eso, me tenían que recogé con una cuchara!) *Mutis.)*

JUAN. Te presento a Pepucha. Nueva en estas lides; vamos, recién lanzada. La pobre tiene la desgracia de haber nacido en Ricla; pero, por lo demás, es una excelente muchacha.

PEPU. ¡Otra; soy lo mismo que todas! Y no te metas con Ricla, porque te ostozolo.

JUAN. Como ves, es un poco borriquita la pobre; pero, por lo demás, una linda jaquita.

PEPU. ¡Otra; no me llames jaca, que yo no aguanto palos!

JUAN. Ya te he dicho, monina, que eso de *otra* suena mal. Siempre está con *otra*. No puede remediarlo.

DUQUE Peor sería que estuviera con *otro*. Vamos, si es que es amiga tuya.

JUAN. Es amiga de todos y de nadie. No la hemos encasillado todavía.

MUÑE. La pobrecilla tenía una gran curiosidad por conocerte. ¡Tanto y tan bien le habíamos hablad de ti todos! ¿Qué te parece el duque?

PEPU. ¡Rediez, que esto es un hombre, y no los alfeñiques que se ven por Madriz!

DUQUE ¡Tantas gracias, chiquilla!

JUAN. No se dice Madriz. Se dice Madrid. Cuántas veces voy a tener que repetírtelo.

PEPU. Otra; cada uno habla como puede. *(Sentándose en las rodillas de Alvaro.)* Me gustas mucho, duque.

DUQUE No. En mis rodillas no te sientes, que eso está aquí muy mal visto.

PEPU. Perdona, duque. Como yo no sabía...

JUAN. Es lo único que ha aprendido en seguida. A suprimir el señor a todos los títulos que trata.

PEPU. Otra. ¿Hay confi o no hay confi? ¿No nos llaman ellos de tú en cuanto nos ven? Pues nosotros no somos menos.

DUQUE ¡Y que lo digas, buena moza! Pero contadme, contadme. ¿Cómo diablos se os ha ocurrido venir a este destierro?

MUÑE Pues muy sencillo, chico. Que vamos a Sevilla a pasar la Semana Santa a todo plan; y que al llegar a Córdoba se le ocurrió a Juanito desviar un poco la ruta para venir a saludarte.

DUQUE Honor que os agradezco de todo corazón; pero lo que no me explico es cómo habéis sabido...

JUAN ¿Que estabas aquí haciendo vida de anacoreta? Pues por Paco Martel, que nos lo ha escrito.

MUÑE. Y no es eso solo lo que nos ha dicho. Pues ¡ni poco indignado que le tienes!

JUAN. Y con razón sobrada. ¡Mira que venirse a este destierro a hacerle el amor a una serrana!

DUQUE ¿Cómo a una serrana?

MUÑE. A una serrana, sí. Si lo sabemos todo. Por supuesto, que para serrana la partidita que te quieren jugar la niña y el tío.

DUQUE ¿Pero quién os ha dicho?...

MUÑE. Martel, ¿no lo has oído?

DUQUE ¡Habrá miserable! Pero si no es verdad. Si es una broma suya.

PEPU. ¡Dejarle al chiquio que le haga el amor a quien le dé la gana! Apuesto cualquier cosa a que la mocita vale más que nosotras.

JUAN. Tú te callas, Pepucha. Y tú, amigo Alvaro, sin pérdida de tiempo, a recoger tu equipaje y a venirte a Sevilla con nosotros.

DUQUE Imposible. Ahora no me puedo marchar.

JUAN. ¿Que no? ¿Por qué razón?

DUQUE Porque antes tengo que romper la cabeza a Martelito por charlatán y por correveidile

PACO *(Entrando por donde hizo mutis.)* ¡Rómpeme lo que quieras; pero sálvate, Alvaro, sálvate, porque tu soltería corre un riesgo inminente!

DUQUE No digas tonterías. Mi soltería es sagrada. Una de las pocas cosas sagradas que hay para mí en el mundo.

JUAN. Pues a demostrarlo y a dar un mentís a todo el mundo. Porque sabrás que en Madrid estás siendo el hazmerreír de los amigos.

DUQUE Pero vosotros que me conocéis a fondo, ¿podéis suponer?... Una broma y un flirteo, y pare usted de contar.

JUAN. ¡Ah! ¿Pero no se trata más que de un flirteo?

PACO Nada más. Pues eso es lo triste. Que está siendo juguete de una muchacha de la que nada conseguirá nunca. Figuraos. ¡Es honrada!

MUÑE. ¿Honrada? ¡Qué cursilería!

JUAN. ¡Qué atavismo!

PEPU. Oye, ¿qué es eso de atavismo?

JUAN. Una cosa que ya no se lleva.

PACO Yo se lo he dicho muy serio. O salta por todo y cásate con esa chica, como un príncipe de no-

vela de esos que llevan al altar a una linda pastora, o sal de aquí de una vez para siempre, y vuelve a tu vida, a tu verdadera vida, que no está precisamente aquí, entre gañanes y pastores.

DUQUE Sí; es verdad. Tenéis mucha razón. Comprendo que me debo marchar. Esa chiquilla podría llegar a interesarme, y sería una ridiculez que no me perdonaría nunca. ¡Pues a buena parte viene! Yo, que por no comprometer mi libertad, he despreciado a tantas... Nada, nada. Hay que cortar esto cuanto antes.

JUAN. Veo con gusto que vuelves a la razón, querido Alvaro. Da una excusa cualquiera, y a reunirte en Sevilla mañana mismo con nosotros.

DUQUE No; mañana, no. Tendría que despedirme, y no sabéis eso de las despedidas lo desagradable que ha sido siempre para mí. Duelen como una herida. Parece como si se dejase uno algo muy de uno entre los que se quedan. Prefiero que nos marchemos ahora mismo.

JUAN. ¡Estupendo! ¡Magnífico!...

DUQUE Este se queda aquí, y mañana, entre él y mi ayuda de cámara, me hacen el equipaje, y a Sevilla los dos.

PACO Me resigno a lo del equipaje. Y a perder el idolillo para siempre, con tal de verte a salvo.

DUQUE ¿Pues qué te habías creído?

MUÑE. Lo malo es que en el auto sólo cabemos cuatro.

PEPU. Yo me sentaré con el chofer.

DUQUE De ninguna manera. Eres demasiado bonita y el chofer perdería la dirección seguramente. Viajarás a mi lado.

JUAN. Te veo, querido Alvaro, cantando la jota de un momento a otro.

DUQUE ¿Y por qué no? Las rosas coloradas también son para los señores; aunque Gabriel y Galán opinara otra cosa.

PEPU. ¿Qué quiere decir? ¿Que va a la fuerza?

PACO ¿A la fuerza? ¡A la maña! A la maña es a la que va, pero que a pasos agigantados.

DUQUE Eso sí, muy deprisa. Hoy, ésta; mañana, la otra.

JUAN. Pasado, las dos.

DUQUE O las tres. «¡Diversidad, sirena del mundo!» Vámonos cuanto antes. Y habladme mucho, mucho, de Sevilla, de Madrid, de todo lo que queráis menos de El Madroñal.

JUAN. ¡Menuda Semana Santa vamos a pasar! Dame un brazo, Muñeca.

DUQUE Y tú el tuyo, Pepucha.

PEPU. Con muchísimo gusto. ¿Qué es lo primero que me vas a comprar?

DUQUE ¡Ay, qué gracia! ¡Si ya sabe pedir! Y decías que era una principianta.

JUAN. Es que eso se lo aprenden todas en seguida.

MUÑE. ¡A Sevilla!

JUAN. ¡A Sevilla! *(Mutis todos menos Paco Martel.)*

PACO ¡Me quedo sin idolillo, pero me quedo a gusto! Pues no faltaba más. El, el hombre rebelde, el campeón de la libertad varonil, cazado con red, como una inocente codorniz, hubiera sido el colmo.

ANT. *(Por la izquierda.)* ¿Qué le pasa al señor duque, que me lo acabo de encontrar con unos amigos y va y me dise: «Amigo Montesa: ¡Adiós! Me marcho a Sevilla... Ya le contaré...» Y no me ha dejado ni preguntarle...

PACO A mí tampoco me ha dicho.

RETA. *(Por donde hizo mutis.)* ¡Vaya jumo que lleva er señó duque! ¡Como que estoy viendo que con tanto jumo va a despintá a esas señoritingas!

ANT. ¿Qué le habrá susedío que lleva tanta prisa

PACO Ya lo conoce usted. A lo mejor es que se le ha antojado ir a comer a Cádiz.

ANT. Pues a ese paso, en Moscú desayunan mañana

RETA. Con calsador va a haber que meterles en la petaca esa.

MARG. *(Entrando.)* ¿Es verdad que se ha marchado el duque?

ANT. Digo que si es verdá. En aquel automóvil; mírale cómo corre.

RETA. Más que una mala noticia.

ANT. ¡Que se le ha puesto en la cabeza ir a saludar a

nuestros antípodas ; y como lo ha pensado, lo ha hecho.

MARG. ¿Sin despedirse?

ANT. De nadie más que de mí, y eso por compromiso.

PACO Disimúlele usted. Ha sido una cosa impensada. Unos amigos de Madrid que han venido a invitarle a ir a Sevilla a la Semana Santa, y como ya sabe usted lo que es el duque, que se le lleva por donde se quiere... Pero ¿qué es eso, Margarita? ¿Está usted llorando?

MARG ¿Llorando yo? ¡Qué disparate! Es un grano de arena que el viento me ha llevado a los ojos.

PACO ¿Y no será ese grano de la polvareda que ese auto ha levantado?

MARG. No, señor Martel, no. No piense usted tal cosa. ¿Llorar yo por la desatención que significa que el señor duque se haya marchado de El Madroñal sin despedirse de mí? ¡Qué tontería! Los duques, los grandes señores, nunca son desatentos, porque consideran como vasallos a cuantos les rodean, y de los vasallos no hay por qué despedirse.

PACO Eso no reza con usted. Ya sabe la gran estimación en que Alvaro la tiene. Y usted a él, no digamos.

MARG. Yo para el señor duque sólo puedo tener mucha consideración y mucho respeto, por ser el jefe de mi tío.

PACO ¿Nada más, Margarita?

MARG. Nada más ; que tengo muy presente una poesía que de niña me enseñaron a recitar en el colegio. A su moraleja me atengo.

RETA. ¿Una poesía, señorita? ¡Ande, dígala oté ;

MARG. Con muchísimo gusto ; caso de que me acuerde, que hay cosas que no conviene olvidarlas jamás. *(Pausa.)*

Era Aurora una pastora
tan gentil como traviesa ;
y una noche soñó Aurora
ser princesa.
Tuvo sedas y brocados,
y palacios encantados,

y azafatas y soldados;
y sus dichas fueron tantas,
que cien duques vió postrados
a sus plantas.
Y al volver del desvarío
de la noche ensoñadora,
la pastora,
de su llanto el largo río
confundió con el rocío
de la aurora.
Y su madre, que sabía
de los sueños la falsía,
amorosa le decía:
«De tus ansias me hago cargo,
mas no sueñes noche y día,
sin embargo;
que si el sueño es ambrosía,
despertar sin alegría
es amargo, niña mía,
muy amargo.»

RETA. ¡Mi madre, qué verso tan bonito! ¡Si casi, casi me gusta tanto como los que yo hago! *(Se oye redoble de tambores muy lejano.)*

ANT. Es el paso del Cristo de la Amargura, que lo llevan del convento de los Angeles a Hornachuelo para la procesión del Viernes Santo. *(Se asoman todos al murallón del fondo. Margarita se arrodilla.)*

PACO ¡Cuánta gente!

ANT. Pa estas cosas de la fe nunca falta.

RETA. ¡Misté a la Nasarena! Cargaita con su crú, y delante de tos.

PACO Es la esperanza de ver a su hijo la que le da esas fuerzas.

MARG. (¡Dichosa ella que espera!) *(Los tambores se van aproximando.)*

RETA. Don Paco Martel, osté que sabe tanto, a ver si me pué explicá esto que a mí me pasa. Yo, a pesá de haber servío siempre a los señores duques, soy republicano, y republicano federá, y como republicano federá, a mí que no me hablen de los santos. Pos güeno, veo ar Cristo de la Amargura,

y se me encoge er corasón. ¿Por qué será esto?

PACO ¡Espejismo, hombre, espejismo! ¿No digo bien, amigo Montesa?

ANT. ¡Espejismo! *(Los tambores redoblan muy cerca. Se oye un canto de iglesia alegre y sencillo como la gente de los campos Martel, Montesa y Retaco hacen también mención de arrodillarse. Cuadro. Telón lento.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Es por la mañana de un día de invierno.

TOMAS *(A Julia, que tararea una canción de moda mientras limpia los muebles con un plumero.)* ¡Calla, mujer, que el señor duque quizá esté aún durmiendo, y puedes despertarlo!

JULIA ¡Pues, hijo; va a haber que hacerse trapense en esta casa!

TOMAS Ya sabes lo que la señorita Margarita ha encargado. Que mientras ella esté en misa no se oiga ni una mosca.

JULIA ¿Y por qué me lo dices a mí?

TOMAS ¡Por si las moscas! Y porque eres la persona que más ruido mete en la casa!

JULIA Aquí la única que mete ruido es la señorita Margarita, que desde que está aquí todos andamos de cabeza.

TOMAS De cabeza. ¡Ojalá! *(Con creciente entusiasmo.)* Porque por una mujer como esa de coronilla andaba yo. ¡Maldita sea la pobreza!

JULIA Oye, rico. Acuérdate de que somos novios.

TOMAS No hace falta.

JULIA ¿Cómo que no hace falta?

TOMAS Basta con que me acuerde de quién es ella y de quién soy yo. ¡Maldita sea la demagogia!

JULIA' ¿Qué dices?
TOMAS La demagogia. Concetos ilustraos que no están a tu alcance. Y pensar que si esa apoteosis fuera médico eclipsaría a Cardenal; y a Castelar, y a Ramón y Cajal.
JULIA ¿Pero de quién hablas?
TOMAS ¿De quién he de hablar, so pasmá? De la señorita Margarita, que tie mano de santa pa las enfermedades. Y si no, que lo diga el señor duque. ¡Con lo malito que estaba; digo, en plena bronconumonia, y no hizo más que llegar ella y le bajó la fiebre!
JULIA Pues a ti te sucede lo contrario.
TOMAS ¿El qué?
JULIA Que en cuanto la ves, te acaloras tú mucho.
TOMAS ¡Julia, que se te ve el plumero!
JULIA ¡Claro; como que estoy limpiando!
TOMAS Si te digo el plumero de los achares, so *pajuata.*
MARQ.ª *(Por el foro, seguida del Marqués.)* ¿Pero en esta casa no hay nadie?
JULIA (Los marqueses de Punetegilena.)
TOMAS (Los tíos del señor duque.)
MARQ.ª Hola, muchachos.
TOMAS ¡Bienvenidos los señores marqueses! ¡Cuánto se va a alegrar el señor duque!
MARQ.ª ¿Cómo se encuentra de salud? Nos han dado unas noticias verdaderamente alarmantes.
TOMAS No se preocupe la señora marquesa. El señor duque está ya fuera de cuidado.
MARQ. ¿Lo ves, mujer, lo ves? Si es lo que yo te decía antes de salir de París. ¿Para qué regresar tan pronto?
MARQ.ª Ya oyes que ha estado grave.
JULIA Sí, señora; muy grave.
MARQ. No creo en la gravedad de Alvaro, ni aun en el terreno de la ciencia. Lo grave es que nos hemos quedado sin ver la inauguración del Folies, digo de la Opera Cómica.
MARQ.ª Patricio, ¡confundes los espectáculos de un modo lamentable!
MARQ. Es el viaje, Visita; el viaje que acabamos de hacer, que me ha dejado aniquilado.

MARQ.ª Bueno; siéntate y calla. El señor duque, claro está, no se habrá levantado todavía.

TOMAS No, señora marquesa; pero si la señora marquesa me lo manda, comunicaré al señor duque que están aquí los señores marqueses.

MARQ.ª No, no. Digo, sí; dígale que le estamos esperando. Pero antes contésteme a una pregunta: ¿Es cierto que se ha trasladado a Madrid y que vive aquí, en la casa del señor duque, la señorita Margarita? Ya sabe quién digo: la sobrina del administrador.

JULIA Sí, señora marquesa.

TOMAS Pero lo que no dices es que si no hubiera sido por ella, acaso no lo hubiese contado el señor duque.

MARQ.ª Pero ¿es que es doctora esa señorita?

TOMAS No, señora marquesa. ¡Pero sabe una de recetas y se da una maña para las cosas de botica!... A mí, sin ir más lejos, se me metió una espinilla en esta yema, y me la sacó con un alfiler desinfectao y too.

MARQ. Pues yo precisamente tengo hace días, en este dedo, una cosa que me pincha.

MARQ.ª ¡Patricio! *(A Tomás.)* Avise al señor duque. *(Tomás saluda y hace mutis.)* Y usted, Julia, diga a esa señorita que deseamos verla.

MARQ. *(Muy alegre.)* Eso: que deseamos verla.

MARQ.ª *(Mira a su marido y rectifica.)* Que deseo verla yo.

JULIA En cuanto vuelva se lo diré, señora marquesa; porque está en misa.

MARQ.ª Está bien; cuando sea.

JULIA Aquí viene ama Rosa. Con el permiso de los señores marqueses. *(Vase.)*

ROSA *(Dentro.)* Pero ¿cómo no me han avisado ustedes? Es que ese estúpido de botones ni para abrir la puerta sirve. *(Entrando.)* Perdónenme los señores marqueses. ¿Cuándo han regresado de París los señores marqueses?

MARQ.ª Esta misma mañana, ama Rosa. Hemos precipitado nuestra vuelta alarmadísimos por lo que nos han dicho de la enfermedad del señor duque, de la que no teníamos ni la menor noticia; y

más alarmados todavía por la presencia entre ustedes de esa señorita Margarita, que, según tenemos entendido, es aquí el ama de la casa.

ROSA Esa es la palabra, señora marquesa. El ama de la casa.

MARQ.ª ¿Y tú lo consientes?

ROSA Consentirlo es poco. Me tiene embelesada. Ya saben los señores marqueses que yo lo único que quiero en este mundo es a mi Alvaro, el señor duque de la Fuensanta, he querido decir; bueno pues esa mujer le ha salvado la vida, porque él durante el delirio de su enfermedad, no hacía más que llamarla; y no saben los señores marqueses el trabajo que costó conseguir que la señorita viniera. Como que si el señor Martel no va en su busca, no hay modo de traerla. Y cuando llegó, como por encanto, se mejoró mi niño, vamos, el señor duque. Háganse cargo los señores marqueses de si tengo motivos para querer a esa muchacha.

MARQ.ª Esto es más grave de lo que yo pensaba.

ROSA Si es que es una criatura de lo que no se ve. ¡Con una disposición y una habilidad para todo! Estoy segura de que en cuanto la señora marquesa la vea se enamora de ella.

MARQ.ª ¿Yo?

ROSA Sí, señora; y el señor marqués también.

MARQ. Puede, puede...

ROSA ¡A mí me hace una gracia todo lo que dice! ¡Y le encuentro un salero a todo lo que hace!... Como que nada más que por seguir su consejo voy a cortarme el pelo.

MARQ.ª ¡Ave María Purísima!

ROSA Yo era una mujer chapada a la antigua. Claro, una qué sabe de la vida. Pero la señorita Margarita me ha abierto los ojos. La señorita Margarita me ha hecho comprender que se puede ser todo lo honrada, y todo lo trabajadora, y todo lo ama de llaves que se quiera, y llevar, sin embargo, una combinación malva y unas ligas celestes.

MARQ.ª ¡Jesús, Jesús y Jesús! ¿Pero tú qué dices a esto, Patricio?

MARQ. Que daría la mitad del marquesado por que ama Rosa nos enseñase la combinación.
MARQ.ª ¿Qué dices?
MARQ. La combinación de que esa muchacha se ha valido para chiflar a todos. Porque indudablemente es cosa del diablo.
ROSA Al contrario, señor marqués; es cosa de los ángeles; porque la señorita Margarita es un ángel muy risueño y muy campechano, que sin dejar de sonreír, ha estado cuarenta días sin acostarse. a la cabecera de la cama del señor duque.
MARQ. ¿A la cabecera de la cama? (¡Es indignante la suerte que Alvaro ha tenido siempre!)
ROSA Una mañana nos la encontramos desmayada.
MARQ.ª ¿En la alcoba de mi sobrino?
ROSA No, señora marquesa; en la suya. Hacía dos días que se había olvidado de comer.
MARQ. Eso fué culpa tuya, ama Rosa. Debiste recordárselo.
ROSA Yo no estaba para nada, señor marqués. No hacía más que llorar y pasarme las horas muertas en el oratorio de la casa, pidiéndole de rodillas al Cristo de las Llagas la vida de mi niño. *(Llora. La marquesa, a pesar suyo, comienza a entregarse.)*
MARQ. ¡Caramba, caramba! ¡Qué malos ratos habrá pasado! Pero ¿por qué no me avisaste, mujer?
ROSA Porque en aquellos días estaban los señores marqueses viajando por Italia, según nos dijeron en su casa, y no se sabía con certeza su paradero.
MARQ. No nos hables de Italia. ¡Qué trenes aquellos! Viejos, sucios, ahogados. ¡Ya debía de ocuparse de arreglarlos Mussolini!
MARQ.ª Pero, vamos a ver, ama Rosa: tú, que eres una mujer de experiencia, ¿qué intenciones crees que se trae esa muchacha respecto al señor duque?
ROSA ¿Respecto al señor duque? ¡No comprendo!
MARQ.ª ¿No anda por en medio el amor?
ROSA ¿El amor? Por parte de ella, desde luego que no.
MARQ.ª ¿Y por parte de él?
MARQ. Eso no se pregunta. ¡Alvaro está por esa chica *majareta perdío!*
MARQ.ª Patricio, ¿qué términos son esos?

MARQ. Quiero decir que es evidente que la ama.

ROSA Qué sé yo. A veces yo también me lo creo, y otras, en cambio, parece como si lo que sintiese por ella fuese algo superior al amor. Algo así como una adoración. Cuando la mira se queda como en éxtasis; como se queda una cuando está ante un altar.

MARQ. Esos éxtasis acaban siempre en la sacristía, con un cura delante y rodeados de gorriones.

MARQ.ª ¡Patricio, hoy estás imposible!

MARQ. Pero si es la verdad. *(A ama Rosa.)* De un éxtasis así estoy yo al lado de la marquesa hace cuarenta años.

MARQ.ª Te prohibo que sigas bromeando. *(Dentro se oye la risa de Margarita.)*

MARQ. Aquí me parece que llega nuestra sobrina en ciernes.

MARQ.ª *(Contrariada.)* ¿Quieres no decir tonterías?

ROSA *(Muy alegre.)* En efecto, ella es. Oiganla cómo ríe. Pues así está siempre, desde que dieron de alta al señor duque.

MARG. ¡Ama Rosa, ama Rosa, tengo que contarle a usted una cosa muy graciosa que acaba de ocurrirme. *(Reparando en los marqueses de Fuentegilena, medio ocultos por los sillones en que se hallan sentados.)* ¡Ay! Ustedes perdonen. No me había dado cuenta.

ROSA Son los señores marqueses de Fuentegilena, tíos del señor duque.

MARG. Tengo un verdadero honor en conocerles. *(Reverencia.)*

ROSA Acaban de llegar en este momento, y les estaba hablando de lo mucho que el señor duque debe a usted.

MARG. ¡Qué tontería! El señor duque no me debe nada. Soy yo, por el contrario, la que le está agradecidísima por la llaneza y afectuosidad con que me trata y por la protección que le dispensa a mi tío.

ROSA ¿Y qué entró usted diciendo que le ha ocurrido?

MARG. Si no tiene importancia ninguna. Que salí de San José, camino de Recoletos, y me tropecé con un grupo de extranjeros que venían en dirección

contraria. Uno de ellos hizo en inglés, con sus amigos, un comentario bastante halagüeño respecto a mi persona, y yo, por no ser menos, también en inglés, le di las gracias. Se quedaron un poco sorprendidos, y ya, más directamente, otro de la pandilla hizo en alemán otro comentario.

MARQ.ª ¿Indecoroso?

MARG. Mitad y mitad.

MARQ.ª Y usted, es claro, indignada...

MARG. Al contrario: risueña, le dije en alemán que aquello estaba feo; que a las españolas nos gustan mucho los piropos, pero siempre que nos los echen del brazo del buen gusto. Explosión. Ingleses y alemanes quedaron de una pieza. Quisieron disculparse. Yo no les hice caso. Y pensando si me habrían tomado por una profesora de la Escuela Berlitz, solté una carcajada; seguí Alcalá abajo, torcí por Recoletos; me senté unos segundos a descansar junto a las majas de Valera, contemplé con orgullo la cara del maestro; un «¡Bendita sea la madre que te parió!» de un albañil que pasaba me sacó de mi ensimismamiento; eché de nuevo a andar, y aquí me tienen.

ROSA No se pueden contar más cosas en menos tiempo.

MARG. El quid, ama Rosa, no está en hablar mucho ni poco, sino en saber callar a tiempo. Pero aquí llegan el señor Martel y mi tío. Con permiso de los señores marqueses, voy a salir a recibirlos. *(Mutis.)*

ROSA Y yo a dar prisa a Alvaro; vamos, al señor duque, para que salga cuanto antes a recibir a los señores marqueses. *(Mutis.)*

MARQ.ª Algo charlatana me parece; pero no es antipática. ¿A ti qué te parece, Patricio?

MARQ. ¿Puedo decir lo que siento?

MARQ.ª Cuando te lo pregunto...

MARQ. Pues me parece, sencillamente, que la chica en cuestión es como para comérsela con patatas *chuflé;* vamos, que tiene un salero que monda.

MARQ.ª Las patatas y las mondas nada tienen que ver con lo que te pregunto, Patricio. Lo que yo te consulto es si ves en la presencia de esa mujer en

esta casa un riesgo más o menos probable para la soltería de nuestro sobrino.

MARQ. ¡Qué duda tiene! ¡Un riesgo inminentísimo! Como que yo a esa muchacha la dibujaría sobre el traje una calavera y dos tibias cruzadas: «No tocar. Peligro de muerte.»

MARQ.ª Decididamente no hay manera de hablar contigo en serio.

MARQ Pero si te estoy hablando en trágico: ¡La calavera, la muerte, las tibias!

ANT. *(Por el foro, acompañado de Margarita y de Paco Martel.)* ¡Que no, vaya, que no! ¡Que yo no me creo eso aunque me lo juren frailes descarzos!

MARG. Pero ¿qué nuevo infundio le ha contado usted a mi tío, señor Martel?

PACO ¿Cómo infundio? Una verdad más grande que la catedral de Colonia. Pero permítanme ustedes que salude a los marqueses de Fuentegilena. ¡Bien venida, marquesa!

MARQ.ª ¡Hola, calaverete!

ANT. ¡Mi señor marqués; mi señora marquesa!...

PACO ¿Cómo vas, Patricio?

MARQ. Cuando no viajo, bien.

PACO. Esos trenes, ¿verdad?

MARQ. Siempre han sido para mí un martirio.

MARG. Conque ¿qué tío? ¿Cuál ha sido el infundio de hoy?

ANT. Pues na, como quien dice. Que el señó Martel lleva ya algunos días contándome la historia retrospectiva de Madrid; una historia que, según él, se la contó un mesonero del tiempo de los romanos que había aquí en San Francisco el Grande. Sí, sí. No se rían ustedes, que es como se lo digo. Y hoy le ha tocao el turno al barrio del señor Salamanca, que, según m'ha dicho, era un marqués que se arruinó por meterse a torero.

MARQ. ¡Azúcar!

ANT. Ni azúcar ni na. Como lo estoy contando. Y al llegar a la plaza de Castelar, donde está la estatua de la Sibele, me ha querío hasé creé, aunque yo no me lo creo, que el origen de ese monumento

fué una maja de plante que una tarde en que la coronaron de Reina de la Belleza, al volver de los toros se encontró detenía por las aguas del Manzanares, que se había salío de madre, y que la arrastraron consigo.

PACO ¿Pero tan inverosímil le parece a usted que sucediera eso?

ANT. Lo de la corrida, no, señor; y lo de la inundasión, tampoco. ¡Pero eso de que me quiera usted convencer de que aquella maja iba a la plaza en calesa de granito y llevada por dos leones de mármol de Carrara!...

PACO ¡Pero si era en la Edad de Piedra, señor!

ANT. ¡Ni aunque fuera en la edad de mi tatarabuela!

DUQUE (*Entrando.*) ¡Qué agradable sorpresa!..

MARQ.ª ¡Alvaro!...

MARQ. ¡Sobrino!...

DUQUE ¡Mis queridos tíos!... No sabéis el gusto que tengo en abrazaros. Creí que no os volvía a ver. Palabra.

MARQ.ª Pero ¿tan enfermo has estado?

DUQUE ¡A la muerte, tía Visita; a la muerte. Y es lo que yo pensaba. ¿A quién va a regañar tía Visita si yo desaparezco?

MARQ. ¡Mientras viva yo, no hay problema!

DUQUE El hecho es que he estado muy malo y que, a no ser por Margarita, a quien me figuro ya os habrán presentado...

MARQ. Sí; ya hemos tenido el gusto..

DUQUE Ha sido mi enfermera; qué digo mi enfermera; mi hermana. Mi madrecita joven. ¡Esto es una perla, queridos tíos; una perla! Os lo digo yo, que no os engañé nunca.

MARG. ¡Como ven ustedes, el señor duque se ha levantado hoy de un humor excelente!

DUQUE Y que lo diga usted, querida Margarita. Hoy me siento dcihoso. Es el optimismo de los convalecientes. Cada enfermedad que se cura es algo así como una pequeña resurrección, y las resurrecciones fueron alegres siempre. Y hoy, por si algo faltaba, la visita de mis tíos.

MARQ.ª Adulador.

DUQUE ¿Qué? ¿Cómo está París?

MARQ. Fígurate. En plena otoñada. Más hermoso que nunca.

MARQ.ª ¿A que no sabes con quién hemos hecho el viaje de regreso?

DUQUE ¡Vaya usted a adivinar!

MARQ.ª Con Piedad Sotohermoso. Está más bonita que nunca. No sabes lo que nos preguntó por ti.

DUQUE ¡Lástima de muchacha!

MARQ.ª ¿Lástima de muchacha? ¿Por qué?

DUQUE Porque, según vosotros me estáis contando siempre, la pobrecilla parece que está enamorada de mí, y como a mí no me gusta ni poco ni mucho...

MARQ.ª Pues no veo la razón, porque es guapa, es discreta, es de rancio abolengo.

DUQUE Es un té completo, ¿no es ese el mote que le han puesto?

MARQ.ª En efecto, así es.

DUQUE Y como a mí el té no me gusta...

MARQ.ª Pues no vayas a Inglaterra; harías muy mal papel.

DUQUE Ya he ido. Y he pedido chocolate. ¡El chocolate! ¿Hay nada más español? Sabe a frailes, a nobles, a Felipe II, a guerra de las comunidades, a plaza Mayor, a auto de fe. Yo, hombre moderno en todo, no tengo más que ese atavismo: el chocolate. Cuando me lo sirven añoro el sillón de baqueta, el velón de mecheros, la espada entre las piernas y el galgo a los pies. ¿Vosotros concebís a nuestro señor don Miguel de Cervantes tomando un té completo en un *dancing* de moda?

PACO ¡Alto allá! Me opongo terminantemente a que te metas con los *dancings*. ¡Estoy entrenando en ellos al amigo Montesa, y a mí no me pisas tú la papeleta!

MARG. Pero tío, ¿es posible?

ANT. No hagas caso, chiquilla. Total, que hemos ido dos noches al Palermo, otras dos al Lido y otras seis o siete al Maipú.

MARQ.ª ¡Una friolera!

MARQ. (¡Y luego dirán que no hay felicidad en la tierra!)

DUQUE Le veo a usted, amigo Montesa, comprando un

collar de perlas a una *vedette* con los fondos de la administración.

ANT. ¡Qué cosas tiene el señor duque! Ni un collar de los chinos le compro yo a una frescales de esas.

DUQUE Pues hace usted muy mal; porque yo, por mi parte, no sólo no me molestaría, sino que además le recomendaría a usted un tren que es especialidad para fugas.

MARQ. ¿Y por qué un tren, señor? ¡Con lo inoportunos que son los revisores! *(Confidencial y pícaro.)* Para una fuga improvisada no hay nada como un *taxi*.

MARQ.ª ¡Patricio!

MARQ. Lo sé por referencias, como comprenderás.

ROSA *(Entrando.)* ¿Va a desayunar el señor duque?

DUQUE Espera un poco. ¿Queréis acompañarme, tíos?

MARQ.ª No. Nosotros te dejamos.

DUQUE Pero ¿por qué esa prisa?

MARQ. Porque puede decirse que desde la estación hemos venido aquí casi directamente. Y tenemos que hacer qué sé yo cuántas cosas. *(A Margarita.)* Hemos tenido un verdadero gusto en conocer a usted, y le estamos muy agradecidos por los excelentes servicios que ha prestado usted a nuestro sobrino.

MARG. No hay por qué, señora Marquesa.

MARQ. Lo mismo digo, señorita. Si yo alguna vez me sintiera enfermo...

MARQ.ª Si tú alguna vez te sintieras enfermo, te cuidaría yo. Y si yo no podía, Ama Rosa. Y si no Ama Rosa, la abuela del chófer.

MARQ. Martelito, tú que te pereces por las antigüedades, date una vuelta por casa.

MARQ.ª ¡Mira qué ocurrente!

MARQ. *(A Montesa.)* Y usted tenga cuidado con este punto filipino. Y cuando quiera conocer de veras algún rincón típico y pintoresco del antiguo Madrid, yo le acompañaré.

MARQ.ª En seguidita.

MARQ. Vaya, adiós.

MARQ.ª Adiós a todos. Y tú, sobrino, cuídate. Y nada de salir a despedirnos. Sabemos el camino.

ROSA Yo acompañaré a los señores marqueses. *(Mutis los marqueses de Fuentegilena, seguidos de Ama Rosa.)*

PACO ¿Cómo está usted hoy de pulso?

ANT. Regular, regular.

PACO ¿Echamos una partida a treinta carambolas?

ANT. Si me promete usted no hacerme churros, sí, señor.

PACO ¡Lujos van a ser todas!

ANT. ¡Eso sí que es un espejismo, señor Martel! ¿Y qué nos jugamos?

PACO La cena de esta noche en compañía de las dos vicetiples de Romea que tuve el gusto de presentarle ayer.

ANT. ¡Calle usted, hombre, que le va a oír mi sobrina! *(Mutis Antonio Montesa y Paco Martel.)*

DUQUE *(A Margarita, que inicia el mutis.)* ¿Usted también me deja?

MARG. Para que desayune usted con más tranquilidad.

DUQUE Para mí no hay tranquilidad más que a su lado.

MARG. ¡Huy, qué fino está el tiempo!

DUQUE ¿No me acompaña usted?

MARG. Ya desayuné. Vaya, vaya usted...

DUQUE Me voy, sí; y solo... Pero ¿a que no acierta en lo que me voy pensando?

MARG. ¡Cualquiera sabe en lo que piensa un hombre!

DUQUE Al lado de una mujer como usted no es cosa difícil. Pensaba en usted, y pensaba en otro desayuno que hace unos meses me sirvió usted misma en la barbacana de El Madroñal. ¿No se acueda usted?

MARG. No por cierto.

DUQUE ¿Que no se acuerda usted?

MARG. No, señor.

DUQUE Pues yo no lo he olvidado ni lo olvidaré nunca. Fué aquel día funestísimo en que, sin saber lo que hacía, huyendo de usted, huyendo de mí mismo, me fuí a Sevilla.

MARG. ¡Ah, vamos! Habla usted de la fecha de su fiebre centrífuga.

DUQUE Centrífuga, usted lo ha dicho; porque fuera de mi centro estuve hasta que la volví a ver al lado mío.

Y mentira parece el trabajo que me costó hacerle a nsted venir.

MARG. Es que mi novio tenía celos de usted y no me dejaba.

MARG. Margarita, que le estoy hablando completamente en serio.

MARG. Aquí lo único serio es su desayuno, que le espera.

DUQUE Margarita : ha llegado la hora de que hablemos con formalidad.

MARG. Yo he hablado con formalidad toda mi vida. Por lo tanto, si hay algún informal...

DUQUE Soy yo, ¿verdad?

MARG. No quiero decir tanto.

DUQUE Pero lo digo yo. Durante mi enfermedad... Las enfermedades, con su forma de inactividad, son un gran vivero de reflexiones... Durante mi enfermedad he reflexionado en lo absurdo de mi vida, y he decidido...

MARG. Cambiar de postura. Me parece muy bien. Puede usted dedicarse a la política, defender pleitos, entregarse al deporte, atravesar en avión el Atlántico, hacer una excursión al Polo. Todo menos casarse, ya se lo he dicho a usted.

DUQUE Pero si el caso es que yo precisamente lo que quiero es casarme.

MARG. Me opongo a ello con toda mi autoridad de enfermera y amiga.

DUQUE Pues no tengo más remedio que desobedecerla.

MARG. En ese caso, le retiraré mi saludo.

DUQUE Pero ¿no ve usted que yo no puedo vivir sin tenerla a mi lado?

MARG. ¡ Acaparador !

DUQUE Pero ¿no comprende que cuando usted me deje mi vida ya no tendrá objeto?

MARG. ¡ Embustero, caprichoso, romántico !

DUQUE Margarita, no me tome usted a broma. Si es verdad que me estima usted en algo, oígame sin reírse. Yo necesito casarme con usted, y casarme en seguida.

MARG. Para no pensarlo, ¿verdad? Como quien se toma una píldora amarga.

DUQUE No ; como quien saborea una golosina deliciosa.

MARG. Pues las golosinas se toman despacito. De esa manera se evita el empalago y el dulzor dura más.

DUQUE ¡ Está visto que no hay forma de que me tome en serio !

MARG. *(Transición.)* Pero ¿cómo quiere usted que le tome? ¿Cree usted, señor duque de la Fuensanta, que no me he dado cuenta de que le gusto a usted? ¿Cree usted que yo soy tan torpe que no me he percatado de la lucha espiritual que está usted sosteniendo? De un lado mi cariño, mi simpatía, mi lealtad y, ¿por qué no decirlo?, mis encantos de mujer guapa, joven y enamorada.

DUQUE *(Con inmenso júbilo.)* ¿Enamorada?

MARG. Sí ; enamorada de usted, y bien a pesar suyo. De un lado, todo eso. Y del otro, su abolengo, sus títulos, el qué dirán de todos sus parientes, el temor al vacío que al casarse conmigo le harían seguramente. Y yo, como esclava sin dueño, como reo sin delito, como una mercancía de más o menos precio, que se regatea y se discute, a merced de sus dudas, con el libre albedrío en hipoteca y esperando el fallo de su corazón para saber si puedo permitirme el lujo de ser feliz o si fatalmente debo ser desgraciada. No, señor duque, no. A ese precio y con esos preámbulos no quiero ser su esposa. El camino del matrimonio debe ser como una senda llana, áspera o florida, pero llana ante todo, por la que dos espíritus se busquen y se encuentren ; ni sacrificio ni concesión por parte de ninguno ; pero en cuanto haya que trepar, en cuanto uno de ambos tenga que izar al otro, yo, por mi parte, y más siendo, como me toca ser, el que está abajo, renuncio generosamente a la mano de doña Leonor, es decir, al cariño de usted. Y no dirá usted, señor duque de la Fuensanta, que aunque un poco tarde, no le he hablado completamente en serio, sin tener siquiera la pudorosa hipocresía de ocultarle el tiernísimo afecto que me inspira.

DUQUE ¡ Benditas seas tú, poseedora futura por derecho propio del ducado de la Fuensanta ; y bendita sea la noche de fin de año, en que te conocí ; y la

pérdida del tren en Santa Elena, y el temor de tu tío, y las pesetas del taxi, y los pitillos egipcios, y hasta la torta de miel que nos comimos juntos!

MARG. Pero ¿no ha oído usted que esto no puede ser? ¿Que yo no quiero que me eleve hasta sí?

DUQUE Pero si la que me eleva eres tú. ¿Qué soy yo en este mundo, ni qué represento, ni qué valgo? Ni por mis méritos obtuve el título que ostento, ni gané con mis puños la fortuna que gozo, ni he trabajado nunca, ni he servido hasta ahora para nada en la vida. A ti, en cambio, te ocurre lo contrario. Todo cuanto tienes es tuyo. Carrera, erudición, belleza, inteligencia... ¿Quieres añadir a todos esos títulos el empolvado y viejo de mis pobres pergaminos inútiles? ¿Quieres elevarme hasta ti? ¿Quieres enseñarme a trabajar, a vencer, a vivir?...

PACO *(Entrando seguido de Montesa.)* Felicítame, Alvaro. He ganado la partida a tu pimpante administrador, don Antonio Montesa.

ANT. Y sin espejismo ninguno. Todas carambolas de ley.

DUQUE Eso quiere decir, Martelito, que hoy estás de suerte, porque has ganado la partida y algo de más valor.

PACO ¿Qué dices? *(El duque va al buró que hay a la derecha y saca el estuche del idolillo.)* ¿Cómo? ¿El idolillo?

DUQUE El idolillo, sí, señor. Y te lo doy con muchísmio gusto, porque es prueba para mí de felicidad.

PACO Pues no me digas más. Te casas con Margarita.

ANT. ¿Cómo con Margarita? Pero ¿qué estáis diciendo?

PACO Que dentro de muy poco, la señorita Margarita Aguirre, su sobrina, será duquesa de la Fuensanta.

DUQUE Para honra mía y del ducado.

ANT. ¡Margarita, despiértame! ¡Dime que estoy de pie! dime que no soño, digo, que no sueño!

MARG. No sueñas, no. Es una felicidad muy grande, que parece un espejismo de los tuyos, pero que es una realidad afortunadamente.

PACO ¿Era ese tu secreto, ese secreto del que con tanto misterio me hablaste la otra noche?

DUQUE Ese era. Un secreto muy dulce, que dentro de veinticuatro horas lo dejará de ser para todo el mundo.

ROSA *(Que momentos antes habrá aparecido por el foro con la cara radiante de felicidad.)* Es la primera vez, duque de la Fuensanta, que te veo hacer una cosa con sentido común. Y perdone vuecencia que me tome la libertad de decirlo.

DUQUE Eres muy dueña, ama Rosa, de decir eso y todo lo que quieras. Y ahora dame un abrazo y dale otro a mi futura.

ROSA ¿A la señora duquesa?

MARG. A Margarita ; yo para usted no tendré nunca otro nombre.

ROSA ¡ Gracias, San Roque, gracias ! Voy a cumplirte mi promesa ahora mismo.

MARG. ¿Cómo su promesa?

ROSA Mi promesa, sí ; que he hecho un ofrecimiento a San Roque, patrón del ducado, si esto sucedía, y el santo bendito me perdone, ¡ pero voy a cumplirlo !

MARG. ¿Qué le ofreció usted, ama Rosa?

ROSA Fumarme un puro.

PACO ¿Un puro?

ROSA Un puro, señor Martel. Yo recriminé a la señorita Margarita el día que la conocí por haberla visto fumar, y esto no me lo perdono ; porque la señorita Margarita hasta cuando fuma es un arcángel. Dame un puro, duque de la Fuensanta.

PACO Ahí va ese. *(Le da un cigarro puro muy grande.)* ¡ A ver si lo apura !

ROSA ¡ Hasta quemarme los labios !

ANT. Lumbre, ama Rosa. *(Le da una cerilla encendida. Ama Rosa enciende el puro, y a la primera chupada tose desesperadamente. Todos ríen.)*

ROSA ¡ Ríanse, ríanse ustedes ; puero éste me lo fumo yo a la salud de los novios !

TELÓN



PM